

HISTORIA  
DE  
LAS PERSECUCIONES  
POLÍTICAS Y RELIGIOSAS  
OCURRIDAS EN  
EUROPA

Fernando Garrido

1864

Tomo II

## LIBRO VIGÉSIMO TERCERO.

### LOS HUGONOTES EN FRANCIA Y DEGUËLLOS DE LA SAN BARTOLOMÉ.

1512-1573.

#### CAPITULO PRIMERO.

##### SUMARIO.

El protestantismo despues del coloquio de Poissy .-Motines y asesinatos de muchos hugonotes por los catolicos. — Anarquía. — Preyectos intolerantes del alto clero. — Edicto de enero de 1502. — Sensatez del canciller del Hospital. — Los catolicos no aceptan el nuevo estado de cosas creado por el edicto de enero. — Antonio de Borbon abandona el protestantismo. — Deguello de los protestantes de Varry por el duque de Guisa. — El Duque y la Biblia.

##### I.

La disolucion del coloquio de Poissy, sin poder llegar á una avenencia, no impidió á los protestantes continuar practicando su culto públicamente donde quiera que eran bastante numerosos para hacerse respetar. La nobleza estaba dividida, y habia provincias en que todos eran protestantes; el elemento mas poderoso del partido católico estaba en el gobierno y en la gente menuda de las ciudades.

Hubo pueblos, sobre todo en el Mediodia, en que las iglesias católicas quedaron completamente abandonadas por falta de asistentes. En París salían á reunirse fuera de la ciudad en dos puntos diferentes, unos en Popincourt, fuera del arrabal de San Antonio, otros en el arrabal de San Marcelo. Como los creyentes se contaban por muchos miles, estas asambleas se tenian al aire libre. Las mujeres se colocaban en el centro, al rededor del predicador; y los hombres detrás de las mujeres; de este modo se formaban grupos numerosos y varios predicadores sermoneaban al mismo tiempo.

Invitado por la Reina, el almirante de Coligny le presentó una lista de dos mil doscientas iglesias, que pedian la libertad de religion, ofreciendo en cambio al Rey sus vidas y haciendas.

## II.

Como puede suponerse, los católicos intolerantes no podían llevar con paciencia el que los hereges siguiesen practicando su culto, y excitados por frailes y curas, provocaron la guerra civil, atacando á los hugonotes, ya aisladamente, ya en sus asambleas, y entregándose á actos atroces de ferocidad, como solo el fanatismo religioso sabe inspirarla.

La sangre corrió á torrentes en Tours, en Lens, en Cahors. En el mismo París estalló la discordia con la asonada conocida en la Historia con el nombre de motin de San Medardo.

Desde entonces ya no hubo ni orden ni regla posible.

Los cardenales y obispos propusieron á la Reina madre que arrojara del reino á todos los predicadores protestantes y que exterminara á los que resistieran, pero Catalina de Médicis tenía miedo á la guerra civil, y aconsejada por el canciller del Hospital, se negó á seguir los consejos de los preladados.

Una sola cosa pareció posible al canciller, y fué el dar un carácter legal al culto protestante, suprimiéndole ciertas condiciones.

De esta idea surgió el edicto de enero de 1562, adoptado en un consejo de notables. Allí por la primera vez manifestó el canciller de una manera resuelta y clara su idea de la coexistencia de los dos cultos. «Si el Rey se pone, decia, del lado de unos, debería inmediatamente reunir un ejército para destruir á los otros; y sería cosa difícil llevar á los soldados contra sus padres, parientes y amigos. No se trata aquí de constituir la religion, sino de constituir la cosa pública, y muchos pueden ser ciudadanos sin ser cristianos. Un excomulgado no deja de ser ciudadano; y puede vivirse en paz con los que profesan distinta religion, como lo estamos viendo en las familias, en las que los que son católicos no dejan de vivir en paz y de comer con los de la nueva religion.»

## III.

Las principales disposiciones del edicto de enero de 1562 eran estas:

Los de la nueva religion, que se habian apoderado de las iglesias ó de otras propiedades de la Iglesia, las devolverán al momento.

Se les prohíbe destruir imágenes, cruces, ni cometer escándalo.

Prohibicion de reunirse de dia ni de noche en los pueblos; autorizacion para hacerlo fuera de las ciudades, donde podrán orar y hacer otras prácticas religiosas.

Prohibicion de reunirse con armas y de impedir á los oficiales del Rey la asistencia á sus asambleas cuando lo tuvieran por conveniente.

Pero el mas original de los preceptos del edicto que extractamos, es el que ordenaba á los pastores protestantes jurar en manos de los magistrados, que predicarían segun la palabra de Dios y el símbolo de Nicea, á fin, decia el edicto, de no llenar el reino de nuevas heregías.

Los pastores, como puede suponerse, no se quejaron de esta orden, pues los convertía en privilegiados, los asimilaba en esto á los católicos. El calvinismo estaba admitido: todas las otras sectas excluidas. Los calvinistas no podian quejarse.

El edicto, sin embargo, era inaplicable en gran número de pueblos, donde la totalidad eran hugonotes. En París y en el Norte, donde estaban en minoría, se comprende que se les pudiese prohibir el reunirse dentro de las ciudades; pero donde eran mayoría la cosa era mas difícil. Donde no habia quedado católico alguno, ¿de qué servia el devolverles sus iglesias y privar de ellas á los únicos que podian hacer uso?

No obstante, los protestantes se sometieron: devolvieron los templos; pagaron los diezmos al clero católico y procuraron arreglarse lo mejor que pudieron, bajo la garantía de las leyes.

No sucedió lo mismo á los católicos.

Los Guisas y Montmorency protestaron contra el edicto. Los parlamentos de Burdeos, Tolosa, Ruan y Grenoble registraron el edicto y le dieron cumplimiento; pero el de Dijon se opuso: el de Paris no lo aceptó sino despues de muchas amonestaciones, y eso diciendo, «que atendidas las circunstancias, sin aprobarla nueva religion, y hasta que se dispusiera otra cosa.»

#### IV.

Antonio de Borbon, rey de Navarra y jefe de los protestantes, les hizo traicion seducido por los ofrecimieutos de los católicos, á los cuales se pasó con armas y bagajes, á pesar de las súplicas de sus correligionarios y de su mujer Juana de Albret.

No pudiendo conseguir nada de su marido, Juana se fué a sus Estados á cuya felicidad se consagró; pero el Papa la mandó comparecer ante la Inquisicion romana

para responder de su heregía. La Reina se quejó á todos los reyes de Europa de las pretensiones del Papa, y Carlos IX, inspirado por el canciller del Hospital, escribió al Papa, diciéndole que él no tenia autoridad para sustraer un vasallo á su jurisdiccion real. El Papa retrocedió. El papado no estaba ya en los tiempos de Inocencio III.

Gracias á la reina Isabel, mujer de Felipe II, que la advirtió á tiempo, pudo escapar á otro peligro no menos grave. Felipe II viendo que no era posible entregarla á la Inquisicion de Roma, mandó gente disfrazada que la sorprendiera en sus tierras con sus hijos, y la condujera á España prisionera. Felipe II no era hombre que se parase en los medios.

## V.

La defeccion del duque de Borbon produjo amargos frutos para los protestantes franceses. Los Guisas hicieron un tratado con el gobierno español y con el duque de Saboya, que debian mandarles fuerzas auxiliares para ayudarles á exterminar los hereges, y empezaron por desgarrar el edicto de enero con la punta de sus espadas.

La tercera parte de la poblacion de Varry, pueblo de tres mil habitantes en el condado de Champaña, era protestante. Inmediato á este pueblo en Joinville, vivia la madre de los Guisas, vieja fanática que no comprendia como no habian concluido ya con todos los hugonotes, y encargó á su hijo el duque Francisco que mandase al diablo á aquellos insolentes, que se atrevían casi en su presencia á profesar públicamente distinta religion que ella.

El 38 de febrero de 1562 salió el duque de Guisa de sus Estados, camino de Paris, acompañado de muchos hidalgos y de doscientos ginetes.

Llegó al dia siguiente á Brousseval, aldea situada áun cuarto de legua de Varry, y oyendo sonar las campanas:

- ¿Qué significa eso? preguntó á uno de sus familiares.
- Son las campanas de los hugonotes.
- ¡Por vida de Dios, respondió el Duque, yo los hugenotere de otra manera!

## VI.

El dia siguiente, 1.º de marzo, era domingo, y los hugonotes se reunieron en una granja que les servia de templo para celebrar los oficios, segun el edicto de enero los habia autorizado, y eran en número de mas de mil. Todos estaban desarmados, menos dos extranjeros, probablemente nobles, que llevaban sus espadas.

Guisa se reunió en la plaza con el alcalde que era de los suyos mientras su gente de armas corrió hacia la granja, gritando: «Mueran los hugonotes. Mueran esos perros enemigos de Dios y del Rey.»

Los hugonotes quisieron cerrar las puertas de la granja; pero no tan pronto que no hubiesen antes llegado sus enemigos.

Al primer hugonote que encontraron, pobre gritador de vino, le preguntaron:

— ¿En quién crees tú?

— En nuestro señor Jesucristo, respondió el infeliz.

Herido con una pica, cayó muerto en el acto: otros dos son asesinados junto á la puerta, y desde fuera hacen fuego con sus arcabuces tirando al bulto. No hay bala que se pierda, porque dentro de la granja están todos amontonados, hombres, mujeres y niños.

Los hugonotes se defienden á pedradas.

Guisa llega en esto con sus nobles, espada en mano, y en lugar de apaciguar, excita á los suyos. Una piedra le alcanza en la cara y le hace una herida de que brota la sangre. Su rabia entonces no conoce límites: «¡Mueran todos!» exclama: y sus gentes se precipitan como fieras sobre aquella masa indefensa. Porque, ¿qué valian las piedras de algunos hombres contra las espadas, rodelas, lanzas, arcabuces y pistolas de los soldados de Guisa?

— ¡No haya piedad para viejos ni mujeres! y empezó una carnicería, un degüello espantoso.

De rodillas, con las manos juntas, piden gracia en nombre de Jesucristo.

— ¿Dónde está vuestro Cristo ahora? les responden pasándolos á cuchillo.

Muchos quieren escapar por el tejado; pero la granja está cercada, y á medida que asoman, caen á tiros.

El pastor Leonardo Morel, que predicaba á los hugonotes en la granja en aquel aciago día, cayó acribillado de heridas, salvando la vida por milagro.

Dos hidalgos que estaban presentes dijeron: «No lo asesineis: es el pastor.»

Cubierto de sangre, lo presentaron á Guisa. – Ministro, dijo el Duque, ven aquí: ¿eres tú el atrevido que seduce al pueblo?

– Yo no soy un seductor, sino un predicador del Evangelio de Jesucristo.

– ¡Cuerpo de Dios! exclamó el Duque: ¿el Evangelio te inspira la sedición? tú eres causa de la muerte de toda esa gente, y ahora mismo serás ahorcado. ¡Alcalde, mandad levantar una horca en la plaza!

Felizmente para Morel, no habia verdugo en el pueblo.

Guardáronlo en prision y esto lo salvó.

Sesenta hugonotes quedaron muertos en la granja y doscientos heridos, muchos de ellos mortalmente. Muertos y heridos fueron desbalijados por los soldados de Guisa.

Durante la matanza recogieron y llevaron al Duque la Biblia de los hugonotes. El Duque la llevó á su hermano el cardenal de Lorena.

– Toma, le dijo: mira los libros de estos hugonotes. – No hay en él nada de malo, respondió el cardenal, es la Sania Escritura.

– ¡Cómo, sangre de Dios! respondió el Duque: 1500 años hace que la Biblia fué hecha, y no hace uno que este libro está impreso. Todo esto no vale nada.

– No tienes razon, respondió el cardenal.

No sabes lo que te dices, creemos que debería haberle respondido.

Un año despues, en su lecho de muerte, cuando cayó bajo el puñal vengador de los hugonotes, protestó que no habia premeditado la matanza de Varry.

Su madre alegó tambien que, durante el degüello, dijo á su hijo que no degollaran las mujeres preñadas...

La noticia de estos asesinatos á sangre fria produjo honda impresion en los ánimos. Los hugonotes se indignaron. En Paris estuvieron á punto de venir á las manos. Catalina los apaciguó con falsas promesas y palabras evasivas. Aquel atentado fué la señal de la guerra civil.

## CAPITULO II.

### SUMARIO.

Influencia y poder de Guisa entre los catolicos despues del deguello de Varry. — Los protestantes corren á las ormas. — Ambos partidos llaman en su auxilio á los extranjeros. — El principe de Conde se pone al frente de los hugonotes. — Sus triunfos. — Persecuciones contra los hugonotes en París. — Astucia de Catalina de Medicis. — Decreto de exterminio contra les hereges por el parlamento de Paris. — Sitio de Rúan por el duque de Guisa. — Catalina y la corte en el campo de los sitiados. — Muerte del duque de Borbon. — Batalla de Dreux. — Asesinato del duque de Guisa. — Edicto de pacificacion de Amboisse. — Fin de la primera guerra religiosa.

#### I.

Despues de la hazaña de Varry, Guisa entró triunfante en Paris. El clero, comparándolo á Judas Macabeo y llamándole defensor de la fé fue seguido de la multitud á recibirlo.

Su influencia era mayor que la de Catalina y la del mismo Rey y por darle gusto la corte fué á Fontainebleau, Melun y Vincennes.

La noticiadel degüello de Varry, esparcida de un extremo á otro del reino, puso sobre las armas á los calvinistas.

Por ambas partes se llamó en su auxilio á los extranjeros.

Los católicos fueron los primeros. El Papa predicó en Italia y en Roma una cruzada contra los hugonotes, como lo hizo Inocencio III contra los albigenses; españoles, suizos, alemanes é ingleses vinieron á pelear bajo una ú otra bandera.

Los calvinistas pedian la estricta observancia del edicto de enero, la libertad del Rey y de la Reina que decian estaban supeditados á los Guisas, y el castigo de los asesinos de Varry.

El príncipe de Condé se puso al frente de los calvinistas, con cuyos jefes formó una asociacion en 11 de abril de 1562.

Todos juraron que, al tomar las armas, no tenian mas objeto que vengar las leyes ultrajadas impunemente por Guisa y librar de sus garras á la Reina y al Rey.

Juraron además que impedirían las blasfemias, las violencias, los robos y saqueos, todo lo que prohíbe la ley de Dios.

Nombraron por jefe al príncipe de Condé, como protector de la corona de Francia.

Antes del 2 de abril, estaban en su poder casi sin resistencia Orleans, Tours, Bourges, Poitiers, El Havre, Lion, Montauban, Nimes, y la mayor parte de los castillos de Normandia, Poitou, San Jorge y la Guyana del Languedoc y del Delfinado.

Los Guisas por su parte obraron con vigor. Armaron á los parisienses católicos y los regimentaron. Las iglesias se convirtieron en sociedades políticas, cosa que tantas veces se ha visto, y se exigió que todo empleado, militar ó dependiente del gobierno y del ayuntamiento se proveyese de un certificado de buen católico que debían dar los curas de sus respectivas parroquias.

Los hugonotes, es decir, los que no estuviesen en estado de recibir los certificados del clero católico, debían salir de Paris en veinticuatro horas bajo pena de muerte.

Para exasperar á la plebe ignorante, repartieron profusion de estampas que representaban á los hugonotes, arrancando las entrañas á los curas y frailes y arrojándolas á los puercos, y otros pisoteando las hostias.

Para que un individuo fuese asesinado en medio del dia, bastaba decir al pueblo: «es un hugonote.»

## II.

Coligny comprendió que Paris era el corazon de la reaccion, y propuso á Condé que marchasen sobre la capital sin darles tiempo de organizarse ni de crear un ejército. Condé no se atrevió. Príncipe real como era, tenía miramientos con sus adversarios, que eran sus parientes y que obraban en nombre del Rey. ¿Hubieran triunfado los puritanos de Inglaterra si hubiesen tomado por jefe un pariente del Rey en lugar de Cromwell? ciertamente que su eleccion perdió á los hugonotes, los príncipes fueron siempre malos revolucionarios.

Catalina propuso que se reuniera una conferencia, en que ambos partidos estuviesen representados; pero como generalmente sucede, no dió resultado alguno.

Entretanto se pasó el tiempo, los Guisas organizaron un ejército, y los calvinistas, que vivían á su costa, gastaron su dinero y muchos se volvieron á sus casas.

### III.

El 2 de junio, el Parlamento de París decretó el exterminio de los hereges sin formacion de proceso, y los curas leian todos los domingos esta orden sangrienta ante el altar despues de la misa.

El 18 de agosto, el Parlamento decretó que, menos el príncipe de Condé, todos los caballeros hugonotes eran traidores al Rey y á Dios, y que si no comparecian en el término de tres dias, sus bienes serian confiscados y ellos ahorcados donde fuesen hallados.

Los calvinistas, en tal aprieto, recurrieron á los protestantes alemanes y á la reina de Inglaterra pidiendo socorro.

El duque de Guisa puso sitio á Ruan, defendido por Montmorency.

Catalina con sus damas de honor italianas y francesas fué al cuartel general de los católicos para animarlos con su presencia, y el desórden y la orgía no tenían fin.

Las damas de la corte coronaban al vencedor en los combates, y la licencia y la orgía solo se interrumpían para ir á la trinchera. En el interior de la plaza obraban de bien distinta manera: la rigidez de costumbres, y la severidad de las palabras formaban un contraste con lo que pasaba en el campo de los sitiadores, lo que estos han reconocido siempre. Las mujeres y las hijas de los hugonotes combatían en las murallas al lado de sus padres.

Despues de cinco semanas de sitio, Ruan fué tomada por asalto y entregada al saqueo y al degüello durante ocho dias y otras tantas noches.

Cuando los soldados se cansaron de violar á las mujeres y de degollar á los hombres, tocó su turno á los tribunales civiles y eclesiásticos, que ahorcaron y quemaron sin cansarse.

Durante el sitio, Antonio de Borbon, uno de los triunviros, fué herido gravemente y murió por no querer dejar de satisfacer su lujuria.

Cosa singular: este hombre empezó por ser católico, despues protestante y luego católico otra vez. y á la hora de la muerte volvió á la heregía que habia combatido.

Su muerte no fué sentida por ninguno de los partidos beligerantes.

#### IV.

El 19 de diciembre tuvo lugar la batalla de Dreux. Las fuerzas de los católicos eran superiores á las de los hugonotes; el combate duró nueve horas con varias alternativas.

Catalina recibió un correo en que le decían que la batalla estaba perdida.

—Cómo ha de ser, respondió tranquilamente, rezaremos y leeremos la Biblia en francés.

9000 muertos quedaron sobre el campo de batalla; Condé que mandaba los hugonotes, cayó prisionero de los católicos, y el condestable Montmorency que mandaba los católicos, cayó en poder de los protestantes. El mariscal de San Andrés, general católico, murió en el campo de batalla, y Coligny pudo á duras penas retirarse en buen orden con los restos de su ejército.

El duque de Guisa puso sitio á Orleans: á pesar de la heroica defensa de Andelot, ya había tomado dos arrabales y la torre del puente, cuando la noche del 18 de febrero de 1563, Juan Poltron de Meré lo hirió mortalmente de un pistoletazo: á los seis días murió de la herida.

Poltron era un joven de unos veinte y cinco años, de origen católico, que había estado muchos años en España, cuyo lenguaje y modales había adoptado de tal modo, que le llamaban el español. Convertido al protestantismo, se refugió en Ginebra, y como muchos otros hidalgos, aprendió un oficio para vivir. Fanático, exitado en su odio contra los católicos, por las crueldades que les veía cometer en toda Europa contra sus correligionarios, asesinó al duque de Guisa convencido de que hacía un buen acto meritorio.

#### V.

La muerte del duque de Guisa cambió el aspecto de las cosas. El triunvirato había desaparecido.

Antonio de Borbon, el duque de Guisa y el mariscal de San Andrés murieron á manos de los que se habían propuesto exterminar. El condestable estaba prisionero en poder de Coligny: no había un solo general de renombre que mandase á los católicos, y Catalina, viendo difícil el triunfo por fuerza de armas recurrió á la diplomacia.

Hiciéronse mútuas concesiones. Condé, que estaba prisionero, se entendió con los nobles hugonotes, dejando sus pastores á un lado antes que Coligny llegase, y el 19 de marzo de 1563, se formó y publicó el edicto de pacificación de Amboise:

Entre sus disposiciones se contaban las siguientes.

«Libre ejercicio de la religion reformada ó protestante en las ciudades que estaban en poder de los hugonotes el 7 de marzo de 1563.»

«Permiso á los señores feudales para que tuviesen asambleas en toda la estension de sus tierras y dominios.»

«Permiso á los nobles de segunda categoría de celebrar los oficios en sus casas y solo para sus familias; y en todos las bailíos dependientes de los parlamentos, permiso para tener un solo sitio de reunion para celebrar el culto.

«Cada uno podrá vivir y permanecer en todas partes en su domicilio libremente, sin ser perseguido ni molestado, obligado ni maltratado por causas de conciencia.»

## VI.

Este tratado estaba léjos del edicto de enero. Aquel concedia un derecho general, y este hacia un privilegio de la libertad del culto para ciertos señores y lugares determinados. Cuando el almirante Coligny lo supo, se indignó y escribió que aquel rasgo de pluma destruía mas iglesias que no hubieran podido derribar en fuerza de armas en diez años.»

A marchas forzadas corrió á Orleans y expuso al príncipe de Conde lo mal que habia hecho firmando aquel tratado; pero el príncipe le dijo que ya no tenia remedio, que la Reina habia hecho promesas privadamente, que todo se arreglaría.

Coligny tuvo que someterse.

Los hugonotes entregaron Orleans á las tropas del Rey, y ayudaron á arrojar del Havre á los ingleses que habian ido para ayudarles.

Así concluyó la primera guerra religiosa en Francia, y bien puede decirse que mas que una paz era una tregua. La astuta Catalina y sus amigos los jesuítas pensaban en medios mas seguros para deshacerse de los hereges.

## CAPITULO III.

### SUMARIO.

Generalizacion de la guerra civil. — Guerrilleros de uno y otro bando. — Deguello de 500 hugonotes en Cahors y en Montauban. — Guerra civil en Tolosa. — Los hugonotes en el capitolio. — Capitulacion. — Degüello general. — Asesinatos juridicos. — Los españoles ayudan á los catolicos de Francia á exterminar los hereges. — Nueva interpretacion del edicto de Amboise. — Conferencia de Ballora. — El duque de Alba. — Tendencias conciliadoras del canciller del Hospital.

#### I.

La paz de Amboise no disgusto menos á los católicos que á los reformados. Los fanáticos veian la tolerancia donde los protestantes la opresion y el partido de los políticos no comprendia la justicia de las categorías y privilegios en unos pueblos y de la proscripcion en otros.

Lejos de pacificarse, la guerra se extendió por todo el pais bajo mil formas. El fanatismo hizo de Francia un país de combates, y puede desafiarse á la mas sombría y fecunda imaginacion que inventase suplicios mas atroces, refinamiento mayor en la crueldad.

Imposible seria referir aquí minuciosamente tantos horrores. Beze ha llenado un volumen con su relacion; de Thou muchos libros de su historia; Crespin, Juan de Serres, las memorias de Montluc, de Tavannes, de Condé, de Lanoue, y de otros cinquenta, están llenas de tan horribles crueldades. Desesperados los hugonotes, concluyeron por cometer los mismos excesos que sus implacables enemigos. Destruyeron las reliquias de los santos católicos, mutilaron las imágenes, saquearon los conventos, y haciendo la guerra de partidarios vivian sobre el país.

Los católicos decian «por cada santo que quemeis, por cada imagen que mutileis, quemaremos vivos diez hugonotes.» Y lo hacian como lo decian.

Si al furor del fanatismo, que ciega y anonada la razon, agregamos los decretos del parlamento de Paris, que legalizaban tantos excesos, se tendrá una idea aunque imperfecta del estado de anarquía y de guerra civil en que las provincias del reino se vieron sumergidas.

## II.

Los campesinos arrastrados por frailes curas y hasta obispos, abandonaron el arado y mezclándose con toda clase de vagamundos, de bandidos, armados con hoces y de toda clase de armas, corrían pueblos, campos y aldeas, degollando, incendiando y talando, violando y quemando cuando trascendía á herege ó provenia de ellos. «Esta quinta es de un hugonote, decian, pues abajo los árboles, fuera las viñas, fuego á la casa, y la devastaban, siguiendo por doquiera sus huellas; felices los infelices perseguidos que podian escapar á su saña buscando un refugio en los bosques y asperezas de las montañas.» Muera la sagrada escritura. Viva la religion, gritaban como energúmenos.

Comarcas enteras quedaron deshabitadas. «No importa, decia el jefe de una banda de defensores de la religion, así como así hay mucha gente en Francia; matemos hugonotes y los víveres valdrán mas baratos.»

En Cahors, un domingo, en menos de dos horas y por orden del obispo Pedro Bertrandi, fueron degollados quinientos hugonotes que estaban oyendo los oficios.

Los hereges de Montauban abandonaron el pueblo á la llegada de las bandas de católicos; pero viéndose acometidos en el campo y habiendo sido asesinados muchos de ellos, se refugiaron en el pueblo, cerraron las puertas y sufrieron tres sitios con un valor heróico.

## III.

Habia en Tolosa veinte y cinco ó treinta mil reformados, la mayor parte gente acomodada, comerciantes, tenderos, propietarios profesores de la universidad, estudiantes y magistrados.

El ayuntamiento, cuyos miembros se llamaban Capitouls, estaba compuesto de católicos, protestantes y tolerantes ó contemporizadores; y segun Mr. Bosquet, y de la antigua heregía de los albigenses, nunca extinguida.

En general, el ayuntamiento ó capítulo de Tolosa se componía de personas ricas y respetables, independientes é ilustradas.

Despues de la publicacion del codigo de enero los hugonotes constituyeron fuera de las puertas de la ciudad un templo de madera que podia contener cinco á seis mil personas.

Cuando llegaron á Tolosa las resoluciones del parlamento de Paris sobre el exterminio de los hugonotes, los católicos se reunieron en cuadrillas y atacaban á los hereges que encontraban aislados, sin que el parlamento de Tolosa, que era en su mayoría católico, desaprobase aquellas violencias.

Los hugonotes se reunieron, y la noche del 11 al 12 de mayo, dirigidos por los regidores de su religion se apoderaron del Capitolio donde se hicieron fuertes.

El parlamento que habia dejado hacer á las turbas católicas se indignó de que los hereges se defendieran y llamó á todo el mundo á las armas contra ellos.

Los consejeros católicos gritaban á sus partidarios, corriendo contra ellos, «Saquead, matad, que el Papa y el Rey lo mandan.»

#### IV.

La lucha fué horrible. Los hereges que no se habian refugiado en el ayuntamiento fueron acometidos por las ordas frenéticas, asesinados en sus lechos en brazos de sus esposas é hijos que imploraban en vano piedad, y sus cadáveres arrojados por las ventanas y luego en el Garona.

Los que los soldados llevaban presos eran acometidos y asesinados en medios de sus escoltas impasibles.

¡Desgraciado del que iba bien vestido! todo el que no era fraile, cura, miembro del parlamento, soldado ú obrero, era herege y asesinado sin mas informacion.

Aquella plebe ignorante, pensando que la heregía procedia de los libros, corrió á las librerías y quemó en medio de las calles todos los libros sin distinciones. ¿Cómo habian de distinguir los que eran católicos ó protestantes si no sabian leer? ¡Desgraciados! víctimas de su ignorancia, que los hacia ciegos instrumentos de sus enemigos, quemaban los libros instrumento primero de su generacion!

Las campanas tocaban arrebató en todas las iglesias y cinco ó seis leguas á la redonda, y los campesinos se precipitaron en la ciudad dirigidos por algunos frailes.

Los hereges se defendieron bravamente toda una semana en el Capitolio. Al fin, agotados los víveres y las municiones, despues de seis dias de lucha incesante, rodeados de sus mujeres é hijos moribundos, pidieron capitulacion á los gritos de »¡Viva la cruz! ¡viva la cruz!» Ofreciéronles la vida salva si dejaban las armas en el Capitolio.

Antes de separarse se reunieron y comulgaron, y entre seis y siete de la tarde empezaron á salir por la puerta de Villanueva.

¡Desgraciados! Ellos no podían pensar la suerte que les aguardaba. Cuando estuvieron indefensos y fuera de la ciudad, cayeron sobre ellos sus enemigos y asesinaron aquella noche mas de tres mil quinientos!

## V.

Al día siguiente comenzó sus tareas el parlamento.

De mayo de 1562 á marzo de 1563 el parlamento de Tolosa hizo ahorcar trescientos hereges en persona y condenó á la misma pena cuatrocientos mas en contumacia.

El clero publicó, para ayudar al parlamento en su obra de exterminio, un monitorio, conminando con pena de excomunion mayor y condenacion eterna, á los que sin ser hereges no los denunciaran ó los ocultasen ó favoreciesen.

Para dar una idea de la crueldad absurda que produce el fanatismo referiré un hecho mas bárbaro aun que todos los referidos.

Presentóse por aquellos días en Tolosa un muchacho de diez á doce años de edad, y como no era de pueblo de hereges, dijéronle que rezase el Ave María. Respondió el muchacho que no se lo habian enseñado y sin mas ceremonia lo llevaron á la plaza y lo ahorcaron.

## VI.

Blaise de Montluc, en sus comentarios, cuenta con la mayor tranquilidad todas las ejecuciones capitales que ordenó; acompañábanle siempre dos verdugos con hachas bien afiladas; llamábales sus lacayos. Mandaba ahorcar ó decapitar los hugonotes sin interrogarlos «porque esas gentes, decia, tienen pico de oro y si se les deja hablar, seducirán al mundo entero.» Este defensor de la religion, como él se llamaba, no descuidaba su negocio al servir á Dios, y de entre la sangre de sus víctimas recogía el oro á montones.

Felipe II no quería que este y otros franceses semejantes recogiesen para sí solos la gloria del exterminio de los hugonotes y mandó una porcion de sus secuaces al servicio de los católicos de Francia.

En el Agenois, Montluc hizo pasar á cuchillo una porcion de hereges que se habian refugiado en una torre y mandó salir de ella á sus mujeres é hijos: pero los españoles que estaban en el patio los degollaron á medida que salieron. Cuando Montluc bajó, les reprochó su crueldad, y ellos le respondieron como buenos

discipulos de Torquemada. «Pensamos que eran luteranos disfrazados.»

El baron de Adrets, tomó á su cargo las represalias por cuenta de los hugonotes y no fué en zaga á los católicos en crueldad. Al frente de una banda formidable sembró el espanto en el Delfinado. la Provenza y el condado de Aviñon.

Sus correligionarios. mas humanos que sus enemigos, léjos de aplaudirlo ni recompensarlo, mandaron á Jovise para reprimir sus desmanes y fué arrestado en Valencia, de donde no salió hasta la conclusion de la paz. Indignado de que los que él creia servir con sus violencias lo tratasen tan mal, abandonó la heregía y volvió á la Religion católica, en la cual murió.

## VII.

Como hemos dicho, el edicto de pacificacion no puso fin á tantos horrores.

En el mismo año de 1563, bajo la inspiracion y direccion del clero, los católicos formaron una asociacion que se extendia por toda Francia, conocido con el nombre de Liga para la extirpacion de la heregía ó liga Santa.

Los hereges por su parte tenian sus plazas fuertes, sus arsenales, sus palabras de órden y se organizaban mientras la guerra civil estaba reducida á guerrillas de partidarios.

Catalina habia prometido á Condé hacerlo lugarteniente del reino hasta la mayoría de Carlos IX, pero prefirió declarar al Rey mayor de edad, aunque solo tenia doce años, con lo cual podia ella gobernar en su nombre, sin tener la responsabilidad, y para alimentar el entusiasmo de los católicos paseó al joven Rey por las provincias en 1564.

El 4 de agosto publicó en Roussillon, pueblecillo del Delfinado, una ordenanza real llamada de interpretacion del edicto de Amboise, por la cual apretaba el lazo que oprimía la garganta de los protestantes.

«Los señores no podian admitir en adelante en sus asambleas mas que los miembros de sus familias y sus vasallos mas inmediatos.

«Se prohibia á las iglesias reunir sínodos y hacer colectas de dinero.

«Los pastores no debian salir de los pueblos de su residencia ni abrir escuelas.

«Los sacerdotes, frailes y monjas que se habian casado al abandonar la Religion católica debian separarse inmediatamente de sus cónyuges, y abandonar el reino en el plazo mas breve posible.»

¿Qué era esto mas que provocar de nuevo la guerra?

La reina Catalina tuvo en Bayona una conferencia con el duque de Alba el 15 de junio de 1565. Esta entrevista es célebre en la Historia por que las bases de la San Bartolomé, segun el testimonio de muchos historiadores, fueron en ella acordadas.

El feroz duque decia á Catalina, que un soberano que mirase por sus intereses no podría hacer nada mas perjudicial que conceder á sus vasallos la libertad de conciencia. Por esto aconsejó á Catalina que cortase las mas altas cabezas de los hereges, por que de este modo reduciría mas fácilmente el resto. Diez mil ranas decia el duque, no valen lo que la cabeza de un salmon.

Asegurose que la trama debia ejecutarse en 1566 en la sesion de la asamblea de los notables en Moulins; pero Coligny y los otros jefes, fueron tan bien escoltados que la sanguinaria empresa fué pospuesta para ocasion mas propicia.

## VIII.

La corte habia alistado seis mil soldados católicos en Suiza y el príncipe de Condé tuvo una conferencia con los jefes de su partido.

El almirante Coligny era de opinion de que se tuviese todavía paciencia esperando para tomar las armas á que fuesen reducidos á la última extremidad.

—«Veo claramente como encenderemos el fuego: pero no veo con que agua lo apagaremos.»

Su hermano, Andelot, fué de otra opinion.

—Si experais, exclamó, á que seamos expatriados, amarrados en las prisiones, perseguidos por la plebe, despreciados por la gente de guerra, ¿de qué nos habrá servido nuestra paciencia y humillacion por ellas? ¿De qué nos servirá nuestra inocencia? ¿á quién nos quejaremos?

El príncipe de Condé fué una vez mas á ver á la Reina, para pedirle que tratasen mejor á los reformados, pero fué mal recibido.

Viendo que sus quejas no servían para nada y que las violencias continuaban, resolvieron tomar las armas. Cinco años antes el duque de Guisa se apoderó del mando asegurando la persona del Rey, y ellos resolvieron matarlo.

El complot fué descubierto y la corte que estaba en el castillo de Monceaux Brie, pasó á Meaux en setiembre de 1567.

## IX.

El canciller del Hospital: propuso á la Reina que despidiese á los suizos y cumplierse fielmente el tratado de Amboise, y que él haria que los hugonotes depusieran las armas.

—¿Me respondeis que no tienen otro objeto que servir al Rey, despues de asegurarse el derecho de practicar su culto? dijo la Reina al ministro.

—Sí, señora, dijo el canciller, á condicion de que no se trate de engañarlos de nuevo.

El cardenal de Lorena y el condestable fueron de parecer que no se les hiciese concesion alguna.

Sin embargo, era necesario ganar tiempo: los suizos aun no habian llegado, y segun su costumbre, Catalina entretuvo á los jefes de los calvinistas con negociaciones, para lo que se sirvió del mariscal de Montmorency, jefe del partido de los políticos.

Los suizos llegaron entretanto y Catalina rompió las conferencias. ¿Para qué necesitaba la diplomacia, cuando contaba con la fuerza?

Ya no quedaba mas remedio que acudir á las armas.

## CAPITULO IV.

### SUMARIO.

Conde vuelvo á emprender las hostilidades en noviembre de 1567. — Batalla de San Dionisio. — Llegada de los alemanes. — Los hugonotes les dan para contentarlos todo su dinero. — Generalizacion de la guerra. — Deguello de los prisioneros catolicos en Nimes. — Catalina engaña de nuevo á los hereges. — Disolucion del ejército protestante.- Deguellos de hugonotes.- Vuelven a empezar las hostilidades. — Batalla de Jarnac. — Asesinato del principe de Conde.- Los hugonotes se rehacen.- Paz de San German.- El historiador Dávila.

#### I.

Condé acampó cerca de París con mil infantes y mil quinientos caballos.

El condestable salió á ofrecerle la batalla en la llanura de San Dionisio, el 10 de noviembre de 1567, con diez y ocho mil infantes y tres mil caballos; mas la mayoría eran gente allegadiza, reclutas y voluntarios de Paris que iban al fuego por la primera vez.

Las damas de la corte salieron en alegres grupos para presenciar la batalla. Los frailes repartían escapularios y cantaban letanías.

La accion no se empeñó hasta la tarde. Despues de dos horas de combate, los voluntarios de Paris se dispersaron. Pero el condestable se mantuvo firme con algunas tropas escogidas, y los hugonotes se retiraron en buen orden sin ser molestados.

El condestable perdió la vida en aquel combate, muriendo de las heridas algunos dias despues.

Habiendo caido del caballo cubierto de heridas, un hidalgo escocés se fué sobre él pistola en mano.

— No tires, le dijo el condestable, ¿sabes quién soy?

— Porque lo sé, lo hago, dijo el otro, y descargó su pistola á quema ropa, hiriendo mortalmente á Montmorency.

Un hombre de buen sentido, el mariscal de Vieilleville, dijo la verdad sobre el combate de San Dionisio:

– No es Vuestra Majestad, dijo al Rey, y menos aun el príncipe de Condé, quien tiene la culpa de haberse perdido esa batalla.

– ¿Quién es, pues? preguntó el Rey?

– El rey de España, señor.

## II.

Al día siguiente se presentaron de nuevo los calvinistas á las puertas de Paris, pero nadie salió á ofrecerles la batalla. No siéndoles posible entrar á viva fuerza, se retiraron hácia la Lorena para salir al encuentro de los auxiliares que les traía Juan Casimiro, hijo del elector palatino.

Los dos ejércitos se reunieron en Poutamounon el 11 de enero de 1568. Allí pasó un hecho que no tiene ejemplo en los anales militares. Los soldados alemanes, que iban al socorro de sus correligionarios de Francia, pidieron 100,000 escudos que les debían, y Condé no tenía ni dos mil. ¿Qué hacer? ¿á quién dirigirse?

El ejército de Condé, desde el general hasta el último soldado, dieron voluntariamente cuanto tenían á los alemanes.

El historiador Juan de Serres refiere en términos enérgicos este singular accidente.

«El príncipe y el almirante dieron el ejemplo: los pastores predicaron á las compañías, y no solo dieron el poco dinero que tenían, sino las sortijas, cadenas y otros objetos de valor: todo junto produjo 18,000 francos.

»Los franceses combatían por una idea; los alemanes por dinero.»

## III.

La guerra civil se habia desencadenado en toda la Francia.

Montluc comenzó de nuevo sus excursiones devastadoras en la Guyena y Saintonge, y despues de ser batido ante los muros de la Rochela, se vengó pasando á cuchillo la poblacion calvinista de la isla de Ré.

Un ejército de 7,000 hugonotes recorrió la Gascuña, el Languedoc, Quercy, y atravesó todo el reino hasta Orleans. Llamábanle el ejército de los vizcondes, porque estaba mandado por los de Montclar, Bruniquel, de Caumont, de Rapin y otros.

Las ciudades de Montauban, Nimes, Chartres, Montpellier y Uzes quedaron ó cayeron en poder de los hereges, que estaban en mayoría.

#### IV.

Al principio de las hostilidades, la población protestante de Nimes degolló mil doscientos prisioneros católicos, á pesar de las exhortaciones de los jefes y pastores.

Y el día de San Miguel hicieron lo mismo con cuarenta y ocho católicos de los alrededores.

El príncipe de Condé marchó sobre Chartres y la puso sitio.

Como se vé, los asuntos de los hugonotes tomaban un aspecto favorable, y la Reina que solía decir «que con tres pliegos de papel y su lengua haría mas que los generales con sus ejércitos», empezó de nuevo á negociar. Los jefes calvinistas ya desconfiaban de su buena fé; pero Catalina hizo publicar en el ejército de los hugonotes, que se restablecía el edicto de pacificación; que habría una amplia amnistía para todos los que habia tomado las armas, y que si esto no se habia hecho ya, era porque los ambiciosos jefes de los reformados no querían.

Esta estratagema ó engaño le salió bien.

Compañías enteras de calvinistas tomaron sin mas espera el camino de sus casas; y el príncipe de Condé, viendo que su ejército se desbandaba, firmó el 20 de marzo de 1568 la paz de Lonjumeau. Esta paz fué llamada la paz coja y mal sentada; porque los negociadores de la Reina, el uno era señor de Malassise y el otro cojo. Los franceses de todo se rien.

#### V.

Aquella paz, dice Mezeray, dejaba á los hugonotes á merced de sus enemigos sin mas garantía que la palabra de una italiana.

El tratado mal sentado y cojo no duró mas que seis meses.

Mientras los calvinistas volvían á sus casas y despachaban sus auxiliares extranjeros, Catalina guardaba los suyos y organizaba su ejército. Hizo ocupar las plazas fuertes, guardar los puentes y desfiladeros, y tomó otras medidas para destruir los confiados hereges.

El clero católico predicaba contra los hugonotes con mas furia que nunca, diciendo, como que no debia guardarse la fé jurada á los hereges, y que es una accion justa y piadosa para todo buen católico el exterminio de los que niegan la supremacia de la Iglesia romana.

Los frutos de tales predicaciones eran ó asonadas y violencias populares contra los reformados, ó asesinatos de que no se podia obtener justicia.

Lion, Bourges, Troyes, Auxerre, Issondun, Ruan, Amiens fueron teatro de las mas espantosas carnicerías; sus calles y plazas se vieron cubiertas de cadáveres de hugonotes. En tres meses perecieron por el hierro y el fuego mas de diez mil.

En Orleans habian encerrado en las prisiones trescientos. El populacho prendió fuego á la cárcel y arrojó á cuchilladas en las llamas á los que lograban precipitarse por las ventanas fuera del edificio que el fuego devoraba.

Una parte de aquellas desgraciadas victimas se agruparon y murieron sin procurar escapar, entonando los cánticos de su secta.

El canciller del Hospital se quejó amargamente de la impunidad concedida á los perpetradores de tantos asesinatos. No le escucharon, y no queriendo ser cómplice de tales crímenes se retiró á su tierra de Vignay.

## VI.

Catalina dió los sellos reales al obispo Juan de Morvilliers, hechura del cardenal de Lorena.

El mariscal de Montmorency sospechoso de moderacion y de humanitario, fué tambien reemplazado en el gobierno de Paris.

Condé, Coligny y Andelot, amenazados de muerte, se retiraron á la Rochela con sus mujeres y sus hijos.

La reina de Navarra, Juana de Albret, se les reunió con cuatro mil hombres armados. Otros tantos llegaron de Normandia. Maine y de Anjou.

Los capitanes mas famosos del partido llegaron con sus compañías. De modo que los fugitivos de la víspera se encontraron al frente del mejor ejército que habian mandado hasta entonces, y Coligny repetía la frase de Temístocles:

– Amigos míos, si no hubiésemos estado perdidos, hubiéramos perecido.

De este modo comenzó la tercera guerra religiosa en Francia.

## VII.

Catalina habia ofrecido restablecer las cosas al estado que tenían cuando se publicó el edicto de enero; pero cambiando de táctica lo abolió, prohibiendo en todo el reino el culto reformado bajo pena de la vida, y concediendo á los llamados pastores protestantes quince dias para salir de Francia.

El hijo mayor de Catalina despues del Rey, conocido mas tarde con el nombre de Enrique III, fué puesto al frente del ejército católico; pero aunque contase con 20,000 infantes y 4,000 caballos no se atrevió á presentar la batalla.

El 20 de marzo de 1569 los dos ejércitos se encontraban en Jarnac.

Los protestantes medio sorprendidos no entraron en línea sino sucesivamente por divisiones que fueron derrotadas unas tras de otras: Condé herido en un brazo desde el principio tuvo que rendirse prisionero. Despues de rendido, Montesquieu, oficial católico le saltó los sesos de un pistoletazo por la espalda, y su cadáver fué paseado ante el ejército atravesado sobre un burro por orden de su primo el duque de Anjou.

Puede comprenderse cuan grande seria la alegría de la corte y de sus parciales los católicos. Carlos IX mandó al Papa las banderas cogidas á los hugonotes en la batalla.

Pio V, papa a la sazón, escribió al Rey dándole las gracias, felicitándole por la brillante victoria de los soldados de la fé católica contra los hereges y recomendándole por la salvacion de su alma, que al triunfo de la verdadera y única religion divina sacrificara los lazos de la sangre, de la familia y todas las afecciones humanas, exterminando sin piedad hasta el último de los enemigos de la Iglesia romana. «El sentimiento de la clemencia con los hereges vencidos, le decia, es una celada tendida por el demonio.»

## VIII.

Los católicos se habían apresurado demasiado á dar por exterminados á los hugonotes.

Aun quedaba el almirante Coligny: Juana de Albret lo secundó presentándosele en Saintes con cuantos elementos pudo reunir y trayendo por la mano á su hijo Enrique de Bearn y á Enrique su sobrino hijo del difunto Condé, para ofrecerlos á la causa, á pesar de que aun eran niños. El bearnés solo tenía quince años. Proclamáronlo generalísimo y protector de las iglesias protestantes.

«Juro, dijo el joven príncipe, defender la religion y perseverar en la causa comun hasta que la muerte ó la victoria nos dé á todos la libertad que deseamos.»

La lucha continuó. El 23 de junio de 1569, Coligny obtuvo un triunfo en la Roche Aveille; pero perdió mucha gente en el sitio de Poitiers. El 3 de octubre fué batido en Moncontour.

Los soldados alemanes, amotinados, le impidieron evitar el encuentro. La batalla no duró mas que tres cuartos de hora y la carnicería fué espantosa. De 25,000 hombres apenas quedaron bajo las banderas de los rebeldes 8,000. Municiones, cañones, bagajes, todo lo perdieron.

Los católicos no dieron cuartel. Los alemanes, causa del desastre, pedían gracia arrojando las armas y gritando:

«Bon papiste, bon papisfe, moi,» pero no alcanzaron misericordia. Desde el principio de la batalla Coligny recibió tres heridas.

## IX.

Aquel desastre no destruyó el ánimo de los hugonotes. Coligny, herido y todo, puso los restos de su ejército en salvo, y á su voz, de las montañas del Bearn, de las Cebenas, del Delfinado, del Vivares y del condado de Foix descendieron nuevos voluntarios, nobles y plebeyos, dispuestos á defender su fé religiosa hasta la muerte; y el vencido de Moncontour, atravesó la mitad del reino, venció á los católicos en Arney le Duc, y marchó resueltamente sobre Paris.

Como siempre, en iguales casos, la corte implacable con los hereges cuando vencia, les ofreció la paz al verlos vencedores, y Coligny firmó el tratado de San German en Laye el 8 de agosto de 1570.

Aquel tratado era mas favorable á los reformados que todos los precedentes.

Dábanles libertad para practicar su culto en todos los pueblos que estaban en su poder, y ademasen otros dos por cada provincia; completa amnistía por lo pasado; derechos para obtener cargos públicos; libertad para residir donde les conviniese sin ser molestados por su fé religiosa, y cuatro plazas en las cuales tendrían guarnicion: la Rochela, la Charité, Montauban y Loignac.

Catalina hacia una vez mas el papel de generosa por fuerza, y los protestantes el de simples que creian en sus palabras y juramentos, cuando sabian por una experiencia de muchos años, que cada tratado de paz, cada tregua habia sido solo una emboscada, un lazo que les habian tendido.

## X.

El historiador Dávila que sabia bien los secretos de las cortes de Paris, Roma y Madrid, dice que «volvieron al proyecto de librar al país de tropas extranjeras, y despues emplear el artificio para deshacerse de los jefes, contando con que el partido cedería cuando se viese privado de este apoyo.»

El bueno del almirante que no sospechaba nada, firmó la paz con alegría.

«Mejor que volver á caer en tantas confusiones, dijo, preferiria ser arrastrado por las calles de Paris.»

Su profecia se cumplió: fué arrastrado por las calles de Paris; pero léjos de cesar las confusiones, duraron con la guerra civil veinte y cinco años despues de su muerte.

## CAPITULO V.

### SUMARIO.

Estado de los partidos y política de Catalina de Medicis. — Depravacion de la corte. — El almirante Coligny y Carlos IX. — Hipocresía del Rey. — Proyecto de casamiento entre Margarita de Francia y Enrique de Navarra. — Escrúpulos y temores de Juana de Albret. — Viaje de Coligny á la corte. — Baja conducta del Rey.

#### I.

Entre los crímenes producidos por el fanatismo de los católicos y la iniquidad de los reyes de Francia, no hay ninguno mas indigno, mas horrible que el degüello de los protestantes llevado á cabo á sangre fria en la célebre noche de San Bartolomé. Para encontrar suceso á que compararlo, tendríamos que remontar al exterminio de los judios españoles á fines del siglo XIII; y á pesar de sus horrores es, sin embargo, menos repugnante, porque la traicion y la hipocresía no tuvieron en él la iniciativa que en el crimen de Cárlos IX y Catalina de Médicis.

Antes de describir los horrores de aquella fúnebre noche y los que siguieron en varias provincias, bosquejaremos en breves líneas el estado de los espíritus en Francia en aquella época.

Católicos y protestantes habian depuesto las armas, y como hemos visto en los capítulos precedentes, reciprocamente se habian hecho concesiones, y las luchas de la inteligencia habian reemplazado á los sangrientos y desastrosos combates de la guerra civil, desde que se firmó la paz en 1563.

La obra de la destruccion de los protestantes, que el hierro y el fuego no habian podido consumir, fué encomendada á la corrupcion de la córte.

Los jefes del protestantismo, que durante muchos años no abandonaron sus armaduras, que vivieron en campos y montañas, de legumbres y raíces, acompañados de sus mujeres é hijos, se vieron de repente introducidos en los salones de la voluptuosa Catalina. Aquellos hombres sencillos, endurecidos por las fatigas, tostados por el sol, severa y toscamente vestidos, se vieron rodeados de cortesanas italianas y francesas, de fiestas y festines, de bailes y deslumbrantes esplendores, en que se mezclaban los refinados deleites y la coquetería de las jóvenes florentinas, discipulas de la reina Catalina y de las damiselas de Paris.

Al lujo y á la disolucion de las costumbres mezclábanse el fanatismo y la supersticion. Cárlos IX, Catalina y sus favoritos creian en los sueños y en la astrología. Veíaseles pasar de los brazos de sus amantes á la Iglesia, y de esta á casa de los adivinos y de las brujas.

El favorito del Rey encendia un cirio á la imájen de la Virgen, ante la cual se arrodillaba en oracion, y segun la prediccion de un hechicero, pendia de la duracion del cirio el que la mujer de uno de sus amigos se rindiese á sus seducciones.

La córte alternaba entre orgías y procesiones, escapularios y sortilegios, perfumes y venenos.

La corrupcion de los grandes desciende al pueblo mas rápidamente que sus virtudes; por la conducta del trono podremos juzgar la de los vasallos que lo sufrían. El clero, único director moral de la plebe, corrompida como la córte, explotaba su ignorancia y sus vicios aumentando sus errores y su miseria.

El contraste no podia ser mayor. En medio de aquel cuadro brillante y abigarrado, los recién llegados protestantes formaban una especie de mancha negra que no podia menos de atraer todas las miradas.

Algunos son arrastrados por la corriente, pero la mayor parte procura librarse de los brazos de la seduccion, huyendo del palacio como de un lugar infestado. Llamábanlos utopistas los cortesanos; teníanlos el Rey y la Reina por sospechosos y sediciosos, y el clero los denunciaba al pueblo como impíos y ateos.

Catalina, no obstante, al mismo tiempo que espia sus menores movimientos, sirviéndose de sus cortesanas, que con tal objeto fingen amores que no sienten, continua aparentando amistad y simpatía hacia los hugonotes, cuya destruccion medita, cubriendo de flores y rodeando de fiestas y de placeres, de halagos y seducciones y adormeciendo con falsas promesas á sus víctimas inocentes.

## II.

Catalina comprende bien que no bastan los halagos y las seducciones de la ambicion para engañar y atraer á sus redes á los austeros hugonotes, y con la astucia que recomienda su compatriota Maquiavelo á los reyes, forma un nuevo plan digno de ella.

De repente cambia sus gustos y sus costumbres: procesiones y sermones son reemplazados por revistas militares y por arengas; las doradas literas por briosos caballos: perfumes, cortesanas y flores hacen lugar en palacio á capitanes, lanzas y

arcabuces. Condena las crueldades del duque de Alba en Flandes: excita el amor patrio contra la inmensa influencia que egerce Felipe II en los destinos de Europa, deja entrever la conveniencia de ayudar á los flamencos, dándoles por Rey al duque de Anjou, é invita á los mas célebres capitanes del partido hugonote prometiéndoles el mando de las tropas, y al almirante Coligny por general.

Los desgraciados protestantes caen en el lazo, olvidando las lecciones del pasado y las reglas inicuas de la política de Maquiavelo. Entretanto, los católicos de las provincias que no están en el secreto de la política de sus reyes, excitados por clérigos y frailes fanáticos, acometen á los protestantes, los persiguen en las calles y queman los retratos de sus reformadores en Nimes, Orleans, Ruan y muchos otros pueblos, á pesar de los edictos reales.

Los protestantes acuden á Paris pidiendo justicia. Preséntanse á la Reina que los recibe con la mayor amabilidad rodeada de hugonotes, en un salon cubierto de ricos tapices, en que brillaba el oro por todas partes.

Quéjense de los excesos cometidos contra ellos, por los católicos, en muchas ciudades del reino.

—Os prometo que serán castigados, dijo Catalina.

Un mariscal de Francia marcha á Ruan enviado por la Reina madre, y trescientos católicos suben al cadalso.

—¿Por qué el joven príncipe de Navarra no escogerá él mismo un gobernador para administrar la Guyana? dicen los protestantes. Villars nombrado por V. M. es un espíritu inquieto que turba á aquella desgraciada provincia. —Llamaremos á Villars, dice la Reina.

El mismo dia se firma y se manda la orden.

—Juana de Albret, añaden los hugonotes, les ha encargado representar sus derechos al condado de Armagnac.

—Se le dará en seguida y lo merece muy bien. Dicen que me tiene miedo; pero yo me creo incapaz de inspirar miedo á nadie, ¿no es verdad señores?

—Sobre las ruinas de la casa de un protestante, asesinado por los católicos en Paris, estos han levantado una pirámide con una inscripcion ofensiva para la religion reformada.

—Esa pirámide, que no me gusta mas que á vosotros, será arrasada. ¿Estais contentos?

Inmediatamente se enviaron trabajadores para demoler el monumento, pero los católicos al verlos comenzar su obra, se oponen por la fuerza, y los protestantes, que no quieren corra la sangre por tan poca cosa, se dan por satisfechos.

Los protestantes pidieron y obtuvieron una entrevista con el Rey, la cual tuvo lugar en presencia de su madre.

Cárlos IX no se mostró con ellos menos amable y agasajador que la Reina, y los comisionados volvieron á las provincias encantados de la manera como los habian recibido en palacio y llenos de confianza en las intenciones de SS. MM.

«Para apresurar la hora de la reconciliacion, decian á sus correligionarios, es menester que nos mostremos al mundo, que vayamos á Paris en lugar de quedarnos en la inaccion ocultos en nuestros lugares, á fin de que los reyes vean lo que somos y lo que valemos.»

### III.

El jóven Rey, depravado y corrompido desde niño por la influencia de su madre, seguía en todo sus inspiraciones. Segun algunos historiadores, el plan de la destruccion de los hugonotes le fué revelado algunos años antes de su realizacion: segun otros, no se le comunicó hasta despues de la entrevista con los hugonotes que acabamos de referir. De uno ó de otro modo, su complicidad no ha sido dudosa para nadie.

El canciller Biraque explicó al joven Rey los detalles del complot de la siguiente manera:

«Cuando el proyectado himeneo de la princesa Margarita con el hijo de Juana de Albret reuna en la capital la flor y nata de los protestantes, el ayuntamiento de Paris celebrará en honor de los Príncipes magníficas fiestas; entre otros espectáculos ofrecerá al pueblo el del ataque y defensa de un fuerte almenado. El duque de Anjou lo defenderá, y el almirante Coligny dirigirá el ataque. Uno y otro, como es natural, escojerán los campeones de entre sus amigos, y cuando el simulacro haya empezado, el duque lo convertirá en batalla formal, cargando con balas los arcabucees y arrojándose de improviso sobre los descuidados adversarios, que deberán ser todos exterminados.»

— ¡Admirable! decía Carlos IX interrumpiendo á cada momento al canciller: mi madre no lo hubiera inventado mejor.

Pero el Rey se equivocaba, el canciller no era el autor de tan inicua estratagema; sus pretensiones rayaban mas alto, y solía decir que, para salvar el Estado, no necesitaba mas ayuda que la de algunos cocineros....

La Reina madre entró como por casualidad y escuchó el proyecto como si no tuviese noticia de él, antes bien le opuso algunas objeciones que el Rey destruyó fácilmente, entusiasmado con la idea de desembarazarse de los hugonotes de una vez.

— «Voto al diablo, exclamaba: quiero contarle al pequeño: así llamaba al duque de Retz; es hombre sutil y de espíritu inventor.»

Hicieron venir al duque; instruido de antemano por Catalina, se extasía al escuchar el proyecto que encuentra magnífico y que supone obra de la imaginación del Rey, al cual prodigó mil elogios por tan feliz idea. Carlos aceptó los elogios blasfemando de alegría.

— Yo me encargo de todo, decía; yo aceptó ante Dios y los hombres la responsabilidad de la empresa en esta vida como en la otra; el himeneo de Margarita, la invitación de Coligny y la destrucción de todos los reformados.

Margarita tenía apenas veinte años y era un modelo de belleza, talento y gracia.

— Casándola con el príncipe del Bearne, decía Carlos IX, la caso con todos los hugonotes del reino.

Tal era la opinión que el Rey cristianísimo tenía de su cristianísima hermana.

Como muchas veces sucede entre las familias reales, las princesas y sus matrimonios sirven de instrumentos á la política de sus parientes. Casamientos execrables que revelan bien claramente la inmensa dificultad de conservar en tan altas esferas la moralidad y la religión. Dando su hermana al príncipe del Bearne, el rey de Francia no tenía mas objeto que engañar á los protestantes, á cuyo frente figuraba en primera línea como protectora la madre de su futuro cuñado, sacándola de este modo de la influencia del duque de Guisa, de quien era querida Margarita.

La princesa Margarita no fué consultada, y se casó por obedecer las órdenes de su madre.

Biron fué el encargado de pedir á la reina de Navarra la mano de su hijo para Margarita de Francia; pero Juana conocia á Cárlos y á su madre lo bastante para no resolverse sin consultar antes á sus amigos. El almirante Coligny la tranquilizó recomendándole que aceptase, diciéndole que tal casamiento estaba llamado á concluir con el poder de Felipe II, su mas cruel enemigo. Otros pensaron de distinta manera, de modo que la pobre madre no sabia qué partido tomar. Catalina de Médicis destruyó sus dudas escribiéndole furiosa contra Felipe II, acusándolo de haber envenenado á su hija que le habia dado en matrimonio.

«Yo confundiré el cielo y la tierra, escribia á Juana, ó me vengaré de esta injuria.»

Al mismo tiempo ofrecia á Juana quince mil hombres para invadir el reino de Navarra, al mismo tiempo que ella enviaba á Flandes un ejército francés para arrancar aquellas provincias á la dominacion de Felipe II.

La pobre madre colocada, entre intereses tan opuestos, estaba llena de confusiones y de angustias.

«Mi alma está angustiada, escribia: no sé á qué resolverme. La reina Catalina que ha sublevado España, Roma y Francia contra pobres y viejos cristianos, y que desde hace diez años los entrega á centenares al verdugo, viene ahora suplicándonos que aceptemos su hija para un herege... Esta union conmoverá al mundo; Roma gritará que es un escándalo y negará las dispensas; los católicos se agitarán, Felipe II amenazará y removerá cielo y tierra, la casa de Lorena se sublevará y quién sabe si el duque de Guisa reclamará con las armas en las manos, la que le fué ofrecida en matrimonio.»

Juana oraba y pedia á todos hiciesen otro tanto para que Dios los iluminase. Ella soñó que la asesinaban en medio de las pompas nupciales y de los convidados manchados de sangre y de vino, y despertó sobresaltada pidiendo á sus camareras le dejasen abrazar á su desgraciado Enrique.

#### IV.

Coligny sentíase tambien dominado por negros presentimientos; en el silencio de la noche creia oír una voz que le gritaba:

«¿Qué has hecho de Juana de Albret, qué has hecho de tus hermanos?»

Juana desconfiaba de Biron, y pidió algunos dias para reflexionar.

Era Biron digno agente de Catalina, y logró persuadir á Coligny de que la Reina madre perdía cada vez mas la confianza de su hijo y que este no tardaría en desembarazarse de la tutela de su madre y del duque de Anjou, buscando un apoyo contra ambos en el campo protestante, á fin de salir de la oscuridad en que su madre lo tenía. El almirante concluyó por creerlo, y se rejuvenecía pensando en que al fin vería á su patria libre de la influencia de la casa de Austria y á Felipe II castigado.

Escribióle el Rey instándole para que fuese á la córte y enviándole una escolta de cincuenta caballeros protestantes escogidos por él mismo.

Avergonzado de los temores que habia sentido, el almirante ofreció ir á ver al Rey; pero cuando llegó la hora de partir, observóse que apartaba con pena las miradas de su mujer, abrazándola y conjurándola á que velase por él y por los suyos. Cuando llegaron los amigos para despedirle, su semblante tenía el severo aspecto que solía en los días de batalla. Procuró ocultar su emoción y se despidió dándoles un abrazo que debía ser el último.

La víctima fué conducida á la córte entre fiestas y honores. Los gobernadores le acompañaban de ciudad en ciudad. Saludábanlo respetuosamente los católicos, y los protestantes besaban sus vestidos. La corte estaba en Blois y cuando Cárlos IX supo que llegaba el almirante, propuso que fuesen á dar gracias á Dios como si hubiese ganado una batalla.

Cuando llegó Coligny, recibiólo el Rey diciendo estas palabras de doble sentido.

— «Jamás hubo para mí día tan agradable; ahora os tenemos y no escapareis de aquí aunque quisiérais.»

Y como estas palabras llamasen la atención de los circunstantes y el almirante fijase en el Rey una mirada interrogadora, este continuó enjugando las lágrimas que inundaban las mejillas del almirante

— «Padre mio, padre mio, ¿es verdad que ya no me abandonareis mas?»

Y diciendo esto, acariciaba sus canas, estrechábale las manos sonriendo y lo presentaba á su madre y á la corte. Parecía conmovido y nunca se representó una escena de ternura con perfidia tan refinada.

El almirante apenas podía hablar, tan grande era su emoción.

El Rey lo hizo acompañar con gran pompa hasta su palacio, y la multitud que acudía por verlo, lo saludaba respetuosamente gritando: ¡Plaza al almirante!

## CAPITULO VI.

### SUMARIO.

Planos de asesinar ni almirante. — Presencia del tinque de Guisa en la corte y sus efectos. — Vuelta del almirante á la corte, y nuevas bajezas del Rey. — Doconio se pasaba el tiempo en la corte de Francia. — Consiente Juana de Albret en el casamiento de su hijo con la princesa Margarita. — Oposicion del Papa. — Entrevista del Rey con el nuncio. — Viajo de Juana á la corte. — Falsedad del Rey. — Horror que inspira a Juana la corrupcion de la corte — Traslado de la corte a Paris. — Muerte repentina de Juana. — Sospechas de envenenamiento.

#### I.

Apenas Coligny se habia retirado, los reales asesinos y sus cómplices tuvieron un consejo secreto, en el cual propusieron algunos que se matase inmediatamente al almirante. Otros mas cautos se opusieron, demostrando la imprudencia de asesinar al jefe cuando no podian desembarazarse de su ejército de la misma manera.

Visitó el almirante á la Reina madre, y fué recibido con la misma pompa y aparato que si fuera embajador de alguna gran potencia.

El Rey le dió cien mil escudos para indemnizarle de lo que habia perdido durante las guerras civiles, haciéndole otras concesiones importantes tanto á él como á sus partidarios.

Concediéronle una brillante guardia de honor; lo invitan á que asista diariamente al tocador del Rey y en las ceremonias públicas lo colocan al lado de Montmorency, el mas ilustre de los mariscales. Los cortesanos lo adulan, y antes de levantarse del lecho, su antesala está siempre llena de nobles que acuden á hacerle la corte.

Cárlos y su madre hicieron toda clase de bajezas para engañar y adormecer á su víctima, y no hubo favor que no le fuese concedido, deseo que no fuera satisfecho.

La Reina madre entretanto queria que cayese sobre los Guisas la odiosidad del crimen que meditaba, y por instigaciones suyas tuvieron sus partidarios, en ausencia del duque, una reunion secreta, donde se trató del asesinato del almirante. Este se alejó inmediatamente de la corte, con gran sorpresa de Catalina y contentamiento de los que habian propuesto su muerte el mismo dia de su llegada, pues la fuga de la víctima justificaba la oportunidad de su proposicion.

Grande fué la consternacion de Catalina y de su hijo; mas de repente todo cambia en Blois: seguido de una escolta que parece un ejército, el duque de Guisa se presenta en la corte pidiendo justicia por la muerte de su padre, de cuyo crimen persiste en acusar al almirante, á pesar de que ya varias veces el consejo habia rechazado tan odiosa acusacion.

Este paso del duque de Guisa sirvió admirablemente los siniestros planes de Catalina y de su hijo. Por una parte se entendieron con el Duque, haciéndolo cómplice del crimen que meditaban: por otra hacian recaer sobre Guisa las sospechas de cualquier atentado inspirando confianza á Coligny.

Hé aquí un párrafo de la carta que el Rey dirigió al almirante con motivo de la actitud amenazadora del duque de Guisa:

«Yo seré muy contento si el almirante esta sobre aviso y le permitiré que reuna la guarnicion que crea necesaria para su seguridad, y le conjuro que crea en la afeccion que siento por él, y que todo el favor y seguridad que un buen vasallo puede esperar de su Señor, le será concedido.»

Los protestantes repartieron con profusion copia de esta carta entre sus parciales, y el desgraciado Coligny volvió á caer en el lazo que se le tendia. ¿Cómo era posible que su alma honrada creyese en el refinamiento de la hipocresía y depravacion del Rey y de su madre?

Coligny no hablaba mas que de Cárlos, diciendo que lo habian calumniado; que era un joven de buenos sentimientos incapaz de una felonía.

## II.

Llamado por Carlos, el almirante volvió á la corte donde fué recibido con fiestas y regocijos. Besábale el Rey los blancos cabellos, estrechábale afectuosamente las manos, y le llamaba su padre, mostrándolo á su madre y á sus cortesanos lleno de satisfaccion. Por las adulaciones del Rey podemos calcular las de los cortesanos.

Háblase de la guerra de Flandes y del matrimonio de la princesa Margarita. El almirante suplica á Juana de Albret que ceda á los unánimes deseos de la corte y de los protestantes; pero la madre no se decidia. Repugnábale sobre todo la idea de la diferencia de religion de los futuros novios; pero Cárlos lo allanaba todo.

— «Voto al diablo, decia. Que no se apure por tan poco: mi hermana leerá la Biblia en francés y oirá sermones protestantes antes si es necesario.»

El almirante escribia cartas sobre cartas á Juana á fin de decidirla: las fiestas y los placeres continuaban entretanto su curso ordinario en la corte de Cárlos IX.

No deja de ser curioso el saber, despues de tres siglos, cómo se pasaba el dia en la corte de Francia: hé aquí el cuadro, tal como nos lo han trasmitido los historiadores contemporáneos.

Levantábase la Reina madre á las diez y recibia en seguida una nube de espías, de delatores, de amantes jubilados, de magistrados, clérigos y oficiales de su guardia, que desfilaban ante ella inclinando la frente como esclavos. Dirigía á algunos breves palabras, saludaba á otros, sonreia á todos y los despachaba. Almorzaba ligeramente y despues recibia una legion de nigrománticos y adivinos, vestidos con largas túnicas negras y cubierto el rostro de puntiagudas barbas, que entraban sin ceremonias y convertían en un laboratorio el salon de la Reina. Unos suspendian un anillo pendiente de un hilo, que hacian balancear dentro de un vaso de cristal; otros trazaban caracteres mágicos sobre el pergamino; aquellos miraban al cielo pretendiendo descifrar misterios ocultos en las formas de las nubes, y todos explicaban el porvenir á Catalina, que los escuchaba silenciosa. Despues llegaba el turno á los industriales, decoradores y artistas italianos, que preparaban sus brillantes fiestas, y por último aparecian sus camaristas á cual mas linda. vestidas deshonestamente con trajes transparentes que dejaban entrever sus bellas formas. Vestíanla y la adornaban de ricas joyas, preparándola para ofrecerla á los ojos del pueblo, deslumbradora y perfumada.

Al despertar, veia Cárlos en torno suyo una familia de esclavos, entre los cuales descollaba Retz, de quien dice Brantome, que era el jurador mas renegado que se habia visto, y que habia enseñado al Rey como máxima, que jurar y blasfemar era mas gracia que pecado. Salia á caza rodeado de sus jóvenes favoritos, gente turbulenta, que sin escrúpulo destruía vegas y sembrados arruinando á los pobres labradores, y al salir de sus orgías, bien avanzada la noche, divertíase el Rey, segun el mismo historiador, en ir á sorprender en sus lechos á sus amigos y sus queridas, azotándolos desnudos sobre la cama. Añadid á estos pasatiempos algunas prácticas supersticiosas, oraciones en las iglesias y recepciones oficiales, y sabreis como pasaban su tiempo Cárlos IX y su madre.

### III.

Juana de Albret, concluyó al fin por acceder á las instancias del almirante y de sus amigos; consintió en el casamiento y en ir á la corte á la entrada de la primavera. La Reina y el Rey no cabian en sí de júbilo.

El Papa, que no estaba en el secreto de los siniestros planes de la corte de Francia, se opuso al casamiento de la hermana del Rey cristianísimo con un herege. Salviati fué enviado como nuncio apostólico, y se presentó al Rey en ocasion en que Coligny le acompañaba.

Pedia Salviati en nombre del sumo Pontífice, que Cárlos retractara la palabra comprometida con Juana de Albret, y que casara á su hermana con el rey de Portugal.

Colingy creyó prudente retirarse, y el Rey le estrechó afectuosamente la mano, dirigiéndole una mirada de inteligencia, y despues, dando del mismo modo la mano al nuncio del Papa, le dijo:

— «En nombre de Dios, señor cardenal, yo sé lo que hago y mi madre tambien. Mi honor está comprometido y no puedo retirar la palabra. Esperad, y el Papa y vos tendreis ocasion de elogiar mi piedad y mi celo.»

Como Salviati parecia no comprender bien el sentido de estas palabras, Cárlos las repitió con mas intencion todavía, añadiendo:

— «Esperad, y vereis cosas buenas.»

El nuncio no se daba por contento y quería mas explicaciones; pero el Rey impaciente y colérico repitió por tercera vez la misma frase, añadiendo con una de las imprecaciones que le eran habituales:

— «Antes de poco me darán la razon.»

El cardenal concluyó por comprender y no insistió mas. Visitó luego á la Reina madre y se volvió á Roma al dia siguiente.

Los protestantes vieron la derrota de sus enemigos en su retirada, y aunque tuvieron noticia de las palabras de Carlos no les dieron la importancia que tenían.

Juana se habia puesto mientras en camino para la corte, no sin llorar y despidiéndose de los suyos como si no debiera volverlos á ver, poseida de los mas negros presentimientos. Acompañábala en su viaje la flor y nata de la nobleza protestante, y fué recibida en Blois por la multitud que gritaba viva Juana, de la misma manera que por un pedazo de pan aclamara á Catalina, manchada con la sangre de Juana.

La primera entrevista entre Juana y sus asesinos duró dos horas, al cabo de las cuales la dejaron ir á descansar, satisfecho cada uno de la habilidad con que habian representado su papel.

— ¿Qué tal? decia Cárlos á su madre cuando se vieron solos.

— «¿Y bien, madre mia, que tal he representado yo mi papelillo?»

– «Muy bien, respondió Catalina de Médicis; pero no basta empezar bien.»

– «Dejad, madre mia, respondió Cárlos: no tardaré mucho en meterlos á todos en la red.

#### IV.

Discutióse largamente en varias reuniones el contrato, y todos los escrúpulos y deseos de Juana fueron satisfechos menos uno. Ella quería que el matrimonio se celebrase en Blois: pero la convencieron de la conveniencia de que fuese en Paris.

El 11 de abril de 1572, se firmó al contrato.

Cárlos abrazaba á su tia Juana entusiasmado, colmándola de elogios y caricias, y decia en secreto que estaba cebando las aves.

Catalina se muestra reservada con la víctima, ceremoniosa, y hace indirectamente lo que puede por humillarla y ofenderla, dejándole ver su libertinaje y el de sus cortesanos, que formaba contraste tan grande con la severidad de costumbres de Juana de Albret.

El espectáculo de tanto libertinaje afectó amargamente el corazon de la madre de Enrique.

Hé aquí lo que escribia á su hijo bajo la impresion de lo que veia en la corte.

«La princesa Margarita es hermosa, no es lerda, ni le falta gracia; pero está alimentada por la mas maldita y corrompida compañía que existió jamás.....

«Os lo digo privadamente, y el dador os dirá como el Rey se emancipa de modo que dá lastima. Yo no quisiera que por nada en el mundo os quedaseis aquí. Por esto deseo que os caseis y arrancaros á esta corrupcion.....

«Aquí no son los hombres los que piden á las mujeres, sino estas á los hombres, y si estuviesséis aquí, solo podríais libraros por una gracia especial de Dios.»

Como el Papa no estaba muy dispuesto á enviar las dispensas, Cárlos IX decia á Juana de Albret:

– «Querida tia, yo os honro mas que el Papa y quiero á mi hermana mas que la temo. No soy hugonote; pero tampoco soy tonto, y si el Papa sigue haciendo el oso, yo mismo llevaré á Margarita de la mano y la casaré á lo hugonote.»

La pobre madre instaba para que se casaran, deseosa de salir de aquel horrible burdel, en que sus miradas no encontraban mas que imágenes de desorden y desenfreno. Señoras que hacian oficio del libertinaje, señores que por imitar al Rey, blasfeman y juran á cada momento; las damas de la Reina, á quienes encuentran en casas infames con sus innobles amantes; esposas adúlteras que persiguen sus maridos impotentes, ante los tribunales; Catalina mostrándose do quiera escoltada de histriones y prostitutas; Cárlos infiel á su esposa á los pocos meses de su casamiento y cambiando de queridas todos los dias. Todas estas imágenes la turban y atormentan horriblemente, hasta el punto de quererse marchar sin realizar el proyectado enlace de su hijo; pero Coligny se oponía, los preparativos estaban hechos, y por último llegaban las dispensas de Roma, y la corte salia para Paris el 15 de mayo de 1572.

## V.

La reina madre puso en juego todos sus recursos para que las fiestas de la boda fuesen magníficas. Juana parecia olvidar sus terrores y negros presentimientos; pero al cuarto dia de su llegada á Paris, al salir de una perfumería, sintióse trastornada y con vahidos; condujéronla á su palacio y como los desmayos se convirtieron en vértigos, tuvieron que acostarla. Apenas en el lecho, el delirio se apoderó de ella y expiró á las pocas horas.

Algunos de los que pudieron acercarse, observaron manchas negras en su rostro, Catalina acudió en seguida y mandó que le cubriesen la cara con un espeso velo.

La agonía fue corta, y poco antes de la crisis suprema, sus ojos estaban inflamados, la lengua ardiente, los dientes rechinaban y la cabeza se alzaba bruscamente de la almohada.

Catalina de Médicis, advertida por sus espías, hizo reunir sus médicos, que hicieron la autopsia sin encontrar señales de veneno.

Los protestantes sospecharon que Renato el perfumista habia hecho aspirar la muerte á la desgraciada Juana en los guantes que le habia vendido. Este Renato era guantero predilecto de la Reina madre, y habia querido en otra ocasion, aunque inútilmente, ensayar su ciencia con el príncipe de Condé.

Juana murió como habia vivido, con una especie de heroismo, que no se desmintió ni aun en medio de los grandes dolores que la asaltaron durante las últimas veinticuatro horas de su vida.

El ocho de junio por la mañana hizo su testamento, disponiendo que la enterrasen en Lescars, que no llevasen ninguna imájen en sus funerales, y que la enterrasen con la sencillez de un pobre. Su agonía duró veinticuatro horas.

La reina Catalina manifestó el mas profundo dolor, y mandó suspender las fiestas y diversiones.

Encerraron el cadáver en una caja de plomo, cubriéronla con un simple paño negro, y en una carreta tirada por dos caballos, la mandaron é Lescars. Entretanto su hijo Enrique se dirigió hácia Paris, rodeado de un pomposo cortejo, para unirse á Margarita.

Los señores que habian acompañado á su madre á la corte dejáronla volver sola en su caja de plomo, y salieron los primeros á recibir al rey de Navarra.

## CAPITULO VII.

### SUMARIO.

Confianza de Coligny en la buena fe del Rey. — Llegada del rey de Navarra á Paris seguido de mas de mil protestantes. — Fiestas y ceremonias del casamiento. — Siniestras habladurías de los catolicos. — Retraimiento de los protestantes. — Carta del almirante á su mujer. — Nuevas falsedades del Rey. — Ciega confianza de Teligny. — Conciliábulos de los asesinos que pretenden engasarse unos a otros. — Maurevel. — Asesinato frustrado del Almirante. — Queda gravemente herido. — Afliccion de sus amigos y tranquilidad cristiana del paciente.

#### I.

El príncipe de Bearne, titulado rey de Navarra desde la muerte de su madre, retardó su llegada á Paris, y durante este intervalo Carlos entretenía al almirante engañándolo con la deseada guerra de Flandes. Algunos amigos trataron de convencerlo de la hipocresía del Rey y de la Reina madre; pero el buen Coligny, juzgando por su corazon el ageno, nunca los creyó capaces de tanta bajeza.

El debía no obstante pensar cuan difícil era, que los que hasta entonces fueron sus enemigos irreconciliables, sin razon alguna que lo justificase le dieran el mando de sus ejércitos, para que volviese cubierto de laurel y rodeado del prestigio de la victoria, admirado por los extranjeros, popular en el pueblo, y querido por los soldados.

Los coronados asesinos que tenian en sus manos la suerte de Francia, solo querían adormecer á Coligny, retenerlo en Paris y atraer con motivo del casamiento de Enrique el mayor número posible de protestantes que sacrificar.

#### II.

Seguido de mas de mil jóvenes y señores protestantes, llegó al fin Enrique á Paris, donde entró en medio de las aclamaciones de la multitud, que salió á recibir al prometido esposo de la bella Margarita. Designóse el 17 de agosto para celebrar el casamiento.

De todas las provincias acudian á París los protestantes en pelotones de treinta á cuarenta, para presenciar las fiestas del casamiento del príncipe protestante con la princesa Margarita.

Los espías seguían á los recién llegados y tomaban nota de las casas en que paraban.

La víspera del casamiento empezaron á correr rumores siniestros para los protestantes, y de todos los rincones de Francia sus amigos les escribían previniéndoles de que estuviesen en guardia y desconfiasen de Catalina y de su hijo.

El día del casamiento llegó y la Reina madre se mostró radiante de alegría, cubierta de oro y de pedrería, pareciendo no preocuparse mas que de los preparativos del himeneo.

Los protestantes solo pensaban en las fiestas que la córte preparaba. Carlos estaba sepultado en el fondo de su palacio, y el duque de Guisa se preparaba para deslumhrar á todos con su lujo y aparato en las fiestas nupciales.

Las ceremonias y las fiestas empezaron el 17; el 18 se celebró el casamiento en Nuestra Señora de Paris; la cabalgata fue brillantísima, el gentío inmenso.

Al llegar á la puerta de la catedral, los protestantes se detuvieron con sorpresa y escándalo de los católicos, y en lugar de entrar en el templo, se reunieron en el gran patio del palacio arzobispal, y mientras se celebraba el casamiento, Coligny los entretuvo hablándoles de la futura guerra contra España y de la importancia que tendría para su religion el casamiento que estaba verificándose.

Concluidas las ceremonias, el cortejo entró en el palacio arzobispal, donde habia preparado un espléndido banquete. En el tránsito, el pueblo aclamó á Catalina de Médicis gritando:

«¡Viva la Reina madre! ¡Viva el sosten de la religion católica! que el cielo la recompense en esta vida y en la otra.»

El duque de Guisa salió el último del templo, y desde que lo percibieron empezaron á gritar:

«He aquí Guisa, fuera sombreros, ¡viva Guisa!»

Enrique se volvió, y poniéndose un dedo sobre los labios, les impuso silencio, con un aire que quería decir, aun no es tiempo.

### III.

Por la noche hubo grandes fiestas en palacio, mascaradas y toda clase de diversiones.

Coligny se retiró indispuesto apenas llegó el cortejo á palacio, y muy pocos protestantes asistieron aquella noche á las reales fiestas. Al retirarse á sus casas en medio del bullicio popular oyeron frases y propósitos que revelaban bien claramente la antipatía que inspiraban á la plebe de París.

—No quieren bailar hoy: ya bailarán mañana, decia uno: y otro respondia:

—Les gusta el baile tan poco como la misa; pero al fin bailarán y cantarán en latín.

—Anda á buscar al almirante, decia un tercero, buena falta le hace que lo curen.

—Hugonote, hugonote, repetían los grupos.

Los protestantes ni siquiera volvían la cabeza, seguían su camins despreciando aquel soez populacho, ciego instrumento de la corte y del clero.

El Almirante escribió aquella noche á su mujer una carta que fué encontrada mas tarde entre sus papeles. Hela aquí:

«Querida y amada mujer mia: hoy se han celebrado las nupcias de la hermana del Rey con el rey de Navarra. Los tres ó cuatro dias siguientes se emplearán en fuegos, banquetes, mascaradas y torneos. El Rey me ha asegurado que me concederá despues algunos dias para oír las quejas que llegan de diversas partes del reino tocantes á la violacion del edicto de pacificacion. Justo es que me ocupe en esto, tanto como me sea posible; puesto que, á pesar de mi deseo de veros yo sé que no os hubiérais casado conmigo si hubiera sido perezoso en tales asuntos y que hubiera sucedido cualquier mal por no cumplir yo mi deber. Sin embargo, no pasará mucho tiempo sin que yo parta de aquí, pues espero que será la semana próxima. Si yo no tuviera en cuenta mas que mi interés particular, y preferiría mucho mejor estar con vos, que pasar aquí mas tiempo por las razones que os diré. Pero es necesario tener el bien público en mas estimacion que el suyo particular; y yo tengo algunas otras cosas que deciros, tan pronto como pueda veros, loque deseo dia y noche. He aquí las noticias que puedo enviaros. Hoy despues de las cuatro y media se ha cantado la misa de los desposorios. Sin embargo, el rey de Navarra se paseaba mientras cerca del templo, con algunos señores de nuestra religion, que le habian acompañado. Hay otras menudencias que dejo para deciros las personalmente. Con esto pido á Dios, mi muy querida y amada mujer, que os tenga en su santa guarda.

«Paris 18 de agosto de 1572.»

«Hace tres dias que estoy atormentado de cólicos ventosos, y de dolores en los ríñones: pero este mal no durará mas que ocho ó diez horas, gracias á Dios, por la bondad de quien me encuentro ya libre de los dolores, Estad segura de mi parte que, con estos festines y pasatiempos yo no daré á nadie motivos de reproche. «Adios otra vez. Vuestro marido bien amado, — «Chatillon.» La muerte no dejó al almirante decir de palabra á su mujer lo que no habia querido confiar á la pluma.

#### IV.

Al despertar Coligny, sus deudos y amigos le rodearon, haciéndole presente los negros presentimientos que les inspiraban las escenas del dia y de la noche anterior.

El almirante fué á ver al Rey el dia 19; pero Su Majestad dormía despues de haber pasado la noche en los mayores desórdenes. Volvió el 20, y en cuanto el Rey lo vió corrió á él abrazándolo, segun su costumbre y le dijo:

—Padre mio, vos sabeis que me prometisteis no ofender á ninguno de los Guisas, mientras esteis aquí, y ellos de la misma manera me prometieron respetar á vos y á los vuestros; yo estoy convencido de que cumplireis vuestra promesa, pero no estoy tan seguro de su buena fé como de la vuestra; porque ademas de que ellos desean venganza, yo conozco su arrogancia y la amistad que este pueblo les profesa. Yo no quisiera que ellos hicieran nada que redundase en perjuicio vuestro ven que mi honor se interesara, teniendo en cuenta como vos sabeis, que á la sombra de estas bodas se han encontrado bien acompañados y armados: por lo cual, si os parece bien, yo pensaba que no seria fuera de propósito hacer venir mis guardias arcabuceros para mayor seguridad de todos, de miedo que de improviso no puedan haceros algun mal, y haremos que vengan mandados por capitanes conocidos vuestros.»

Entonces Cárlos le nombró una porcion de nombres de protestantes amigos suyos. El almirante aceptó reconocido la idea, dió las gracias al Rey y se retiró.

Inmediatamente entraron en Paris mil doscientos arcabuceros, que distribuyeron al rededor del palacio del Rey y en diversos barrios de la ciudad. Algunos protestantes se alarmaron al verlos, y corrieron á avisar al almirante; pero encontraron á Telnigny que los tranquilizó diciéndoles:

— «Es mi padre quien ha pedido al Rey esta nueva guardia, para seguridad de nuestras mujeres é hijos, de nuestro culto y de nuestros ministros; id en paz, mi padre vela sobre vosotros.»

Descontento de Cárlos, Coligny visitó á la Reina madre el siguiente dia, y en cuanto empezó á manifestar los temores de sus amigos y sus motivos de queja, Catalina le interrumpió diciéndole:

—«Válgame Dios, señor almirante: dejad que caigan estos festones y que las diversiones acaben, y dentro de cuatro dias, palabra de Reina, os prometo que á vos y á los de vuestra religion os daré gusto y contento.»

## V.

A medida que se acerca la hora de perpetrar el crimen, los que debian ensangrentar sus manos, se buscan, se reunen y multiplican sus consejos. Despues de largas discusiones, se separan y se reunen por grupos, Uno presidido por el Rey, se compone de la Reina madre, del duque de Anjou, del conde de Retz y de Virague, el guarda sellos; el otro no se compone generalmente mas que de la Reina madre, el conde de Retz y algunas veces Virague. El tercero era el mas numeroso: componíase de Guisa, la Reina madre, el duque de Anjou, Virague, el duque de Nevers, el duque de Aumale. de Verni y Tavanne.

Hé aquí las ideas que prevalecian en el consejo del Rey:

—«No hay reposo para el imperio mientras sea presa de los partidos. Tres hay que lo desgarran: el de Coligny, el de Montmorency y el de los Guisas. El mas temible es el primero. Es preciso vencerlo; los otros se destruirán fácilmente. El primero que debe caer es Coligny. Pero ¿quién se encargará de matarlo? Un hombre oscuro, mediante una gran recompensa y que desaparecerá en seguida. Esparciremos la voz de que era un agente de Guisa. Los protestantes acometerán á la gente de este, la plebe de Paris tomará parte contra los protestantes y darán pronto cuenta de ellos. Entonces el Rey con sus tropas destruirá á los Guisas, acusándolos del asesinato de Coligny y de fautores de la guerra civil.»

En el consejo de la Reina madre se arreglan los detalles y pormenores del plan. Para engañar mas fácilmente á los protestantes, el asesino del almirante deberá ocultarse y hacer fuego sobre su víctima en la casa de un partidario de Guisa, con lo cual ellos quedarían libres de toda sospecha.

Cuando la Reina madre hablaba del asunto delante de Guisa y de sus parciales, procuraba aumentar su rencor contra los protestantes, excitándolo á la venganza; pero Enrique de Guisa, que desconfiaba de ella, se contentaba con aplaudirla sin añadir nada á sus discursos. Cuando ella salia, él convenia en que la sangre del almirante debia ser la justa expiacion de la de su padre, pero aconsejaba á sus parciales el silencio y que dejasen obrar á la Reina y al Rey, inspirándoles

desconfianza hacia una mujer que se alegraría de que ellos cargasen con la responsabilidad del atentado, para lavarse después las manos como Pílatos.

Todos estaban de acuerdo en que debía empezarse por el asesinato del almirante: pero no estaba decidido quien sería el verdugo.

Por desgracia de la humanidad, nunca falta á un mal pensamiento brazo que lo ejecute.

Cuando en 1509 pusieron los católicos á precio la vida del almirante, un noble, llamado Maurevel, se había presentado y recibió adelantado el precio de su vil acción. No habiendo podido pagar con la sangre de Coligny, asesinó á traición al conde de Moui, que aunque de sangre menos ilustre, al fin era protestante.

El conde de Retz se entendió con este asesino en una cita extramuros de París, en la cual quedó concertado el día, la hora, el sitio y el precio del crimen. Maurevel recibió una parte á cuenta, ofreciendo que esta vez no escaparía vivo de sus manos.

## VI.

Las fiestas entretanto continuaban en palacio; Catalina, el Rey, el duque de Anjou y los Guisas asistían á todas aquellas diversiones, procurando adormecer con sus halagos á sus inocentes víctimas.

Cerca del claustro de San German Lauxerrois, vivía el canónigo Pro Piles de Villemur, que había sido preceptor del duque de Guisa. Coligny pasaba por delante de esta casa siempre que iba a palacio. En una ventana baja con reja de hierro se coloca el asesino, Villemur está ausente: la casa tenía puerta á otra calle donde le esperaba un caballo.

El señor de Chailly, maestro de ceremonias del Rey, lo acompañó é introdujo en la casa, en donde solo había una portera enferma y casi ciega.

El día 22 quiso el Rey que Coligny lo acompañase al juego de pelota, donde jugó una partida con Guisa y Coligny. Después de verlos jugar un rato, el almirante se retiró seguido de algunos amigos. A pocos pasos del Louvre, lo detuvieron para presentarle un memorial, que él recibió, y continuó su camino leyéndolo. Los que lo acompañaban, por no interrumpirlo, lo siguieron respetuosamente á algunos pasos de distancia. Al pasar por delante de la ventana, donde Maurevel estaba esperando á su víctima hacia algunas horas, este descargó su arcabuz, y el almirante, dando un grito de dolor y dejando caer el memorial, cayó herido en brazos de Guerchy y de Despruneaux.

Los que lo acompañaban gritaron: «socorro, ¡que el almirante se muere,» y lo llevaron á su casa lo menos mal que pudieron.

Al sentirse herido, el almirante señaló la casa de donde salió el tiro. Pronto echaron abajo las puertas, pero solo encontraron el arcabuz arrimado aun á la ventana. Guiados por la vieja portera, atravesaron la casa hasta la puerta trasera, donde vieron señales de haber estado recientemente un caballo. Siguieron la pista; pero inútilmente.

El lecho de Coligny se encontró bien pronto rodeado de protestantes. Unos tocan la sangre que corre de su herida, otros lloran; muchos muestran con el dedo el palacio real. El jóven rey de Navarra abraza al herido, y el príncipe de Condé llora y se golpea la frente. Los mismos católicos, juntando las manos en muestra de horror y de piedad se mezclan en esta escena desoladora.

A pesar de los dolores que sufría, Coligny estaba tranquilo y procuraba consolar á sus amigos.

— «¿Por qué llorais?» decia al capitan Abonins, que le sostenía la cabeza, y á Cornaton que le tenia las manos, «yo me considero feliz de haber sido herido por el nombre de Jesus. Oremos reunidos para que nos conceda el don de la perseverancia.»

Todos los asistentes se inclinaron para orar, pero no pudieron hacer mas que verter lágrimas.

— «¡Cómo! dijo el almirante dirigiéndose á suministro: ¿no quereis vos consolarme?»

— «El mayor consuelo, señor, que puedo daros es recordaros que Dios os honra reputándoos digno de sufrir por su nombre.

— ¡Ah! si Dios me tratara como yo merezco, aun me faltarían muchos mas tormentos que sufrir.»

— «Tened valor, dijo uno de los asistentes: puesto que él os ha dejado la mejor parte, él puede todavía manifestar su bondad.»

— «Bien haceis, señor, añadió Merlin en apartar vuestros pensamientos de los que os han ultrajado y para dirigir vuestras miradas á Dios, porque es su mano quien os ha herido.»

— «Os aseguro, respondió el almirante, que perdono de buena voluntad al que me ha herido y á los que lo han inducido á acometer el crimen; porque, aunque me matasen, no podrían hacerme un mal, sino un bien; porque la muerte no es mas que la puerta para la vida eterna.»

Y despues, con voz mas fuerte, dirigiendo sus miradas al cielo, pronunció la siguiente plegaria, á la cual se unieron los asistentes, protestantes y católicos:

— «Señor Dios mio, tened piedad de mí, y no queráis acordaros de mi vida pasada ni de mis pecados.

— «¿Quién podría subsistir, si vos tuviéseis en cuenta nuestra ligereza y la deslealtad con que transgresamos vuestros mandamientos?»

— «¿Quién podrá sostener el peso de vuestra ira?

— «Yo renuncio á todos los dioses fabulosos; yo no invoco, yo no adoro mas que á vos solo, padre eterno de Jesucristo, Dios eterno.

«Yo os suplico por el amor de vuestro hijo, que me enviéis con vuestro Espíritu Santo el don de la paciencia.

«Yo he puesto mi confianza en vuestra misericordia; solo en ella se apoya mi esperanza, sea que vos queráis que yo muera ahora ó que conserve la vida. Heme aquí. Yo obedezco vuestra voluntad, seguro de que, si debo morir, vos me recibireis entre los bienaventurados en el reino eterno. Si vos quereis que yo quede todavía en el mundo, hacedme la gracia, padre celestial, de que emplee el resto de mi vida en el aumento y en la gloria de vuestro nombre.»

Despues que concluyó el almirante, Merlin y los otros sacerdotes presentes recitaron la oracion dominical.

Entró en la alcoba el mariscal de Cossé, y Coligny le hizo señas de que se acercara, y tendiéndole la mano le dijo:

— «¿No os acordais de lo que os habia anunciado no hace mucho tiempo? ¡Señor de Cossé, estad sobre aviso.»

Cossé no respondió.

Danville temiendo que se escapase al Almirante una palabra indiscreta delante de tanta gente dijo:

— «Al menos, señor, podeis estar seguro que nada se ha omitido para descubrir al culpable.

— «Yo no sé donde puede venirme esto: respondió Coligny; yo no sospecho de nadie pero he aprendido á despreciar mis enemigos como á la muerte, y solo siento que esta herida me impide servir al Rey. Desearía, añadió, que él pudiera venir, porque tengo cosas importantes que decirle y que nadie se atreverá á decir mas que yo.»

Danville le prometió instruir al Rey de su deseo.

## CAPITULO VIII.

### SUMARIO.

Terror do Cárlos al saber el atentado contra Coligny. — Enrique de Navarra y Conde piden al Rey justicia contra el asesino del almirante. — El Rey la promete y ellos lo creen y lo hacen creer á Coligny. — El Rey y su madre visitan al herido. — La entrevista. — Órdenes mondadas a las provincias para engañar y adormecer a los protestantes. — Descúbrese el nombre del que hirio á Coligny y acúsase á Guisa de haberlo pagado. — Visita de Guisa á palacio. — Guisa se marcha de Paris y el pueblo se indigna. — Catalina detiene á Guisa. — Coligny pide al Rey una guardia y el Rey da el mando al mayor enemigo del almirante. — Alarma de los protestantes.

### I.

Al saber Cárlos que el almirante estaba herido abandonó el juego de pelota y corrió á palacio, pálido, agitado, tambaleándose como si estuviese beodo y profiriendo blasfemias espantosas.

Reunióse con su madre y con el duque de Anjou.

Repentinamente oyeron gran ruido en la puerta de palacio.

— No se puede entrar, gritaba la guardia.

— ¡Justicia! exclamaban el Rey de Navarra y el príncipe de Condé, y tirando de la espada se abrieron paso á viva fuerza hasta la cámara real; hincáronse de rodillas ante el Rey gritando ¡Justicia! ¡Justicia!

Cárlos no respondió, pero lo hizo su madre por él diciéndoles: — «¿Qué pedis vosotros?

— «Justicia» respondieron el Rey de Navarra y Condé levantando las manos.

Las de Condé estaban manchadas de sangre.

— «¿De quien es esta sangre? preguntó el Rey.

— «Si no lo sabeis, respondió el Rey de Navarra, la señora os lo dirá: ¡es la sangre del almirante!

— «Id y lavaos dijo Catalina ¿no veis que su vista hace mal al Rey.

— «No, no, exclamó el Rey agarrando á Condé por el brazo: el almirante será vengado: y la habitacion resonaba con blasfemias tales como el Rey no las habia pronunciado jamás.

Temiendo Catalina, que las palabras y conducta del Rey no fuesen un signo de remordimiento, se puso á gritar imitándolo.

— «Sí, sí, será vengado. ¡Es un ultrage abominable hacia nuestro señor y amo; y si quedára impune, mañana lo repetirían en el Louvre con nosotros mismos.»

Cárlos, el duque de Anjou y Catalina, llamaron sus guardias, les dieron sus órdenes por escrito y de palabra y los despidieron bruscamente.

— «Que se advierta al preboste que tenga pronta una compañía, decia el duque de Anjou.

— «Que se cierren todas las puertas de la ciudad, decia el Rey; y que no se deje salir á nadie sin una orden firmada por mí.»

— «Será necesario advertir á los caballeros de la religion reformada, que se reunan armados delante del Louvre, y cerca de la casa del almirante, decia Catalina.

— «¡Ay, del que insulte á mis vasallos protestantes! ¡Vive Dios! no consentiré que toquen á uno solo de sus cabellos; y, señor, — añadía el Rey dirigiendose al príncipe de Condé, — corred y decidle, que duerman tranquilos, que yo velo por ellos.

## II.

El principe de Condé y el Rey de Navarra que querían abandonar á París, fueron á repetir á su amigo moribundo las palabras del Rey. de Catalina y del duque de Anjou; palabras cuyo sentido les parecia tan natural y que ocultaban sin embargo, la mas refinada de las alevosías.

Mientras que el Rey de Navarra y el príncipe de Condé iban á casa del almirante, Teligny corría á palacio para suplicar al monarca visitase á su antiguo servidor, que no quería exhalar su último suspiro, sin tener el consuelo de ver á su Rey. El Rey le ofreció que iría.

A las dos, las puertas del Louvre se abrieron con gran estrépito y se anunció que el Rey iba á visitar al almirante acompañado de su madre. En lugar de pasar por el sitio donde cayó herido Coligny dieron un rodeo.

El cortejo se componía de los hermanos del Rey, del duque de Montpensier, del cardenal de Borbon, de los mariscales Danville, de Cossé y de Tavanne, del conde de Retz y de Thoré, de Meru y de Gonzaga duque de Nevers.

A la vista del Rey, el almirante se sentó y tomó la mano que Carlos le alargaba.

Cornaton sostuvo en sus brazos el cuerpo de Coligny.

El Rey de Navarra y el príncipe de Condé, á la cabecera de la cama, apenas podían contener las lágrimas.

Cárlos parecía conmovido, y su madre no quitaba de él los ojos.

Hicieron retirar todos los criados.

El almirante entonces dirigió á Cárlos el siguiente discurso: — »No ignoro, que si Dios quiere que yo muera, muchos calumniarán mis acciones; pero Dios me es testigo de que siempre fui fiel y celoso defensor de Vuestra Majestad y de vuestro reino; y que yo no he tenido nunca nada en mas estima que el bien de mi patria, unida á la grandeza y aumento de vuestro Estado. Aunque muchos hayan querido acusarme del crimen de felonía y rebelion, los hechos demuestran, sin que yo lo diga, á quien se debe atribuir la causa de tantos males...

«En cuanto á mí, estoy pronto á dar cuenta de mis acciones ante la Santa Majestad, si es su voluntad llamarme á sí por medio de esta herida. Mas sin detenerme demasiado en esto, debo deciros, que vos despreciais demasiado inconsideradamente los medios de encaminar bien vuestros negocios. Vos teneis ahora la oportunidad en la mano, tal como vuestros predecesores no la tuvieron jamás, Si la rechazais, yo temo que vuestro reino no reciba gran mal y Vuestra Majestad una ruina peligrosa. ¿No es una vergüenza, señor, que no se pueda volver un huevo en vuestro consejo privado sin que un correo lleve incontinentemente la noticia al duque de Alba? ¿No es una grandisima indignidad, que haga ahorcar tantos caballeros franceses, tantos bravos capitanes, y buenos soldados, vasallos vuestros cogidos en la derrota de Genlis? Pero en vuestra corte no hacen mas que reirse de estas cosas....

«El segundo punto sobre el cual he pensado que seria bueno llamaros la atencion, es el manifiesto desprecio de vuestros edictos, especialmente del de pacificacion...

«Vos habeis jurado guardar la fé prometida á los de mi religion; pero no podría decirse en cuantas partes de vuestro reino esta promesa ha sido villanamente violada; no solo por algunos particulares, sino por vuestros oficiales y gobernadores.

«Yo os he demostrado, señor, que el santo cumplimiento de una promesa pública, es un lazo seguro de paz, y que entre muchos medios, este es el solo y verdadero para restablecer vuestro reino en su antiguo esplendor y dignidad. Algunas veces os he dicho lo mismo, señora, dijo á la reina madre: sin embargo, todos los dias se cometen asesinatos, latrocinios y sediciones.»

«No hace mucho tiempo que cerca de Troyes, los católicos degollaron, en los brazos de su nodriza, á un niño que traían de bautizar. Señor, yo os suplico que pongais mas atencion en tales asesinatos, lo mismo que en el reposo y salud del reino y en la fé que habeis prometido.»

— «Señor almirante, dijo el Rey cuando Coligny acabó de hablar, yo sé que sois hombre de bien, buen francés, y que deseais el engrandecimiento de mi reino; os tengo por un valiente capitan y jefe de guerra experimentado. Si no os hubiera considerado así, nunca hubiera hecho lo que he hecho. Yo he procurado con gran diligencia hacer observar siempre y religiosamente mi edicto de pacificacion y todavía deseo que sea bien observado, y al efecto he enviado comisarios á todas las provincias de mi reino; y aquí está mi madre que os dirá lo mismo.»

### III.

Catalina no habia pronunciado aun una sola palabra, y expiaba con inquieta curiosidad los secretos pensamientos y emociones del Rey y de los circunstantes. Si alguna vez la voz del enfermo se debilitaba ó extinguía, inclinábase sobre la boca del almirante hasta sentir su respiracion. Era evidente que temia el efecto que podrían producir sobre Carlos las palabras de Coligny y la vista de las sábanas ensangrentadas, la Biblia abierta sobre ellas, las lágrimas de los asistentes, y los gemidos y palidez del enfermo. Ella hubiera querido terminar á cualquier precio aquella entrevista.

— «En verdad, balbuceaba Catalina, en verdad vos lo sabeis bien, señor almirante, vos lo sabeis bien»...

Ella no podia encontrar otras palabras.

— «Sí, respondió Coligny: se han enviado comisarios, es verdad, y entre ellos los hay que me han condenado á la horca y ofrecido cincuenta mil escudos al que entregue mi cabeza.»

— «Bien, replicó el Rey, se enviarán otros que no os sean sospechosos. Pero veo que os conmoveis demasiado al hablar y podria perjudicar á vuestra salud. En realidad, vos sois el herido, pero yo siento el dolor de vuestra llaga. ¡Juro á Dios que

vengaré este ultraje tan duramente,-que la memoria será eterna!»

Y Cárlos terminó estas palabras con una horrible blasfemia.

— «Señor, dijo el almirante, no hay que ir muy lejos para buscar al que me ha procurado este bien. Que Dios no me ayude jamás, si pido venganza de tal ofensa. Sin embargo, yo no dudo de vuestra rectitud y equidad que no me negareis la justicia.»

— «Voto al mismo Lucifer, respondió el Rey; justiciase hará y pronta. La mujer de la casa de donde salió el tiro está presa, y también el lacayo que se encontró en ella. Pero decidme si os agradan los jueces encargados del proceso, ¡que juro á Dios los cambiaré si os disgustan!

— «Puesto que vos los juzgais dignos, yo los acepto; solo os suplico humildemente que Cavagne, uno de vuestros magistrados, se les agregue unido á Mr. Masparaurt.»

Este deseo del almirante costó la vida al desgraciado Cavagne, que murió quemado y ahorcado algunos días después.

La voz del almirante se extinguió gradualmente; el Rey y la Reina madre se aproximaron mas al enfermo y hablaron en voz tan baja, que solo se entendieron las siguientes palabras de Catalina por algunos de los presentes: «¿Qué importa que yo no sea mas que una mujer, si creo que debe proveerse desde luego?»...

El almirante declaró después, que él recordó á Cárlos y á su madre sus profecias respecto á las desgracias que amenazaban al Estado; que Cárlos meneó la cabeza y Catalina dijo las palabras que acabamos de citar.

Los médicos entraron para hacer la cura al almirante, y mientras se informó al Rey de todos los pormenores del suceso. Tenia uno en la mano una manga ensangrentada.

— «¿Esta sangre es del almirante? preguntó Carlos. Respondiéronle que sí; contemplóla, tocó la sangre é hizo que su madre la tocara, diciendo con ademanes de admiracion y juntando las manos:

— «¡No conozco hombre mas valeroso!»

Enseñáronle la bala que el médico habia extraido del brazo de Coligny: tomóla, y apartando la vista, la dió á su madre que la pedia, diciendo:

—«Mirad, señora, está quebrantada y aplastada como si hubieran tirado al blanco.»

—«Yo me alegro, dijo Catalina dándole vueltas entre los dedos, que no se quedara dentro de la herida, porque me acuerdo de que cuando Guisa fué asesinado delante de Orleans, los médicos me dijeron que si la bala salía, no había peligro aunque estuviera envenenada.»

—«Adios, señor, dijo Cárlos al almirante: os recomiendo que tengais valor...» Y después de esto, besóle la mano y se fué diciendo: «Adios, Adios, buen ánimo señor almirante.»

#### IV.

El Rey y su madre corrieron desalentados á encerrarse en el Louvre. Su marcha parecía una fuga; ni respondían á los saludos, ni se inclinaban como de costumbre ante las imágenes que decoraban las calles. Iban silenciosos, lejos uno de otro, como si temieran hablarse.

Las puertas del palacio se cerraron tras ellos, y que tuvieron en seguida un conciliábulo con sus cómplices mas allegados. Pronto sucede el tumulto al silencio; salen correos en todas direcciones llevando á los gobernadores de las provincias la noticia del suceso y las intenciones del monarca.

Hé aquí en resumen cuales eran estas intenciones.

«El Rey considera como un ultraje á Su Majestad el crimen cometido en la persona del almirante: que sus buenos y leales vasallos no se conmuevan; que estén tranquilos. Se descubrirá quien disparó el tiro, y el castigo no se hará esperar.»

Los protestantes de Paris y de las provincias, al tener conocimiento de las intenciones del Rey, quedaron en efecto tranquilos y fueron á dormir bajo la buena fé de Catalina.

Cárlos y su madre no pudieron dormir aquella noche. Las tinieblas los llenaban de espanto, hicieron encender gran número de bujías, y sentados uno junto á otro esperaron el día.

#### V.

Un suceso insignificante en apariencia estuvo á punto de cambiar el aspecto de la corte. Al día siguiente, sábado, fué arrestado cerca del palacio real un hombre al

servicio de Guisa, por vanagloriarse de haber facilitado á Maurevel el caballo en que se escapó. Esparcióse el rumor de que los Guisas eran los autores del crimen. No se sabe si fué indiscrecion ó exprofeso el divulgar el nombre de Maurevel; pero desde entonces los protestantes ya no dudaron de donde venia el tiro. Acusaron en voz alta á la casa de Lorena, cuyas gentes fueron insultadas y maltratadas en la calle, prodigando á su amo los epítetos de cobarde, asesino y traidor.

Todas estas circunstancias turbaron á Enrique de Guisa, que llegó á temer no fuese todo aquello un lazo de Catalina que quisiera por este medio deshacerse de él.

Armóse al instante, montó á caballo, y seguido de una numerosa escolta, se fué á palacio y dijo al Rey con altanería, que se marchaba de Paris.

El Rey estaba solo, y ofendido de su arrogancia, le respondió con frialdad que podia irse ó quedarse.

Guisa salió de palacio, el pueblo acudió á su paso y él dijo que se marchaba y porqué. La plebe lo aclamó, y la noticia corrió de un extremo á otro de Paris con la velocidad del relámpago.

Un correo mandado por Catalina alcanzó á Guisa en la puerta de San Antonio, y al mismo tiempo se hizo decir al populacho, que si Guisa se iba era por ponerse á cubierto de las acechanzas de los protestantes: y sin mas informacion, la plebe se esparce por la ciudad gritando: «Viva Guisa y mueran los hereges.»

Llegaron las voces á oidos del almirante, y encargó á Cornaton advirtiese al Rey y le pidiese una guardia de arqueros y permiso para reunir algunos caballeros protestantes en las casas inmediatas á la suya. Al oír el mensaje, el Rey aparentó una profunda emocion y llamó á su madre.

—«¿Qué significa esto? dijo cuando la vió llegar: me dicen que el pueblo se amotina y toma las armas.»

—«No hacen ni una cosa ni otra, respondió la Reina madre con una risita forzada; pero acordaos que disteis órden de que á la aurora cada uno estuviese en su barrio, temiendo que ocurriese algun tumulto.»

El duque de Anjou que estaba presente interrumpió á su madre, diciendo á Cornaton:

—«Que os acompañe Cosseins con cincuenta arcabuceros.»

—«Con seis arqueros de la guardia bastarán, respondió Cornalon, al oír pronunciar aquel nombre de funesto augurio.

—«No, no, dijo Cárlos, Cosseins con cincuenta arcabuceros.»

La Reina madre repitió las palabras del Rey, y Cornaton espantado se inclinó, fuera de sí, tartamudeó algunas palabras y se fué.

Thoré que habia oido la órden del Rey, detuvo á Cornaton al salir del gabinete y le dijo:

—«No creo que puedan daros por guardian mayor enemigo.»

—«¡Cúmplase la voluntad de Dios!»...

El corazon se oprime leyendo tan negra maldad. Un moribundo tiene miedo y pide auxilio; seis arqueros le bastan y le mandan cincuenta, no para defenderlo, sino para impedir la defensa, para asesinarlo mas fácilmente, poniéndolos á las órdenes de un enemigo declarado.

## VI.

Cosseins colocó sus arcabuceros la mitad en el patio de la casa de Coligny y la otra mitad en las tiendas inmediatas. Poco despues llegó Rambouillet y ordenó de parte del Rey á los caballeros católicos, que vivían en las inmediaciones, cediesen sus casas á los protestantes, amenazando con prender al que rehusara obediencia ó intentara forzar la casa del almirante.

Coligny recibió con alegría esta nueva traicion, que tenia todas las apariencias de un acto meritorio, cuando lo que se proponían sus autores era entregar reunidos los principales amigos de Coligny al puñal de sus sicarios.

Dos horas despues de la llegada de Cosseins, ocurrió un altercado en la escalera entre este y el rey de Navarra, un page del cual no querian dejar entrar. Cosseins respondió secamente que obedecia á órdenes superiores. Enrique de Navarra se alejó sin decir nada al almirante, temiendo sin duda empeorar su estado.

Otros amigos llegaron sucesivamente á ver á Coligny, y despues se reunían en la habitacion de Cornaton para discutir acaloradamente sobre la grave situacion en que se encontraban. Algunos creian que debian marcharse inmediatamente de Paris, otros que debian quedarse y confiar en las palabras del Rey. Teligny, el mas joven y confiado, decia:

—«Alejarse es exponerse á la venganza de la corte. ¿Dónde ocultarse? ¿Cómo salir á la ventura llevando consigo miles de mujeres y de niños? ¿Cómo es posible que las lágrimas, las palabras de ternura y los besos del Rey oculten una negra perfidia, y no tengan mas objeto que adormecernos? La aparicion de Cosseins ha espantado á algunos. ¿Pero si está aquí para guardar al almirante, enviado por el Rey, é impedir cualquier atentado, á qué tanta desconfianza?... ¿Por qué buscar un origen oculto y misterioso á lo que está pasando, cuando es menester ser ciego para no ver la verdad? El asesino se ha ocultado en la casa del preceptor de Guisa. El hombre que ha tenido por la brida el caballo del asesino mientras cometía el crimen, era un doméstico de Guisa. Maurevel, es un protegido de Guisa; y siempre el nombre fúnebre de esta familia es el primero que resuena cuando alguna desgracia viene á afligir el imperio...

«¡Insensatos, que os pareceis á los pecadores del Profeta, que tienen ojos y no ven, oídos y no oyen; desgraciados de vosotros!»

El principe de Condé, el rey de Navarra y otros señores fueron de la opinion de Teligny, y el resto de la asamblea aceptó al fin la misma idea.

## VII.

Mientras los protestantes discurren de esta manera junto al moribundo almirante el palacio se convierte en un arsenal. Corazas, pistolas, alabardas, se amontonan y luego se distribuyen: las barcas amarradas á los muelles del Sena son dirigidas hacia las islas que forma el rio en medio de la corriente. Prepáranse, los cañones, y correos y caballeros galopan en todas direcciones. Las puertas del Louvre se abren y se cierran á cada instante, y entran y salen presurosas gentes armadas que llevan órdenes ó que traen noticias. Cualquiera diría que se preparaban para dar una gran batalla.

Un protestante, sorprendido al ver todo esto, corre á casa de Teligny y le dice:

—«El Louvre se arma y aquí no estamos bien; venid, venid.» Teligny lo despacha sin hacerle caso. Al bajar la escalera, este hombre vió á Cosseins que gritaba con la espada en la mano: —«Vos no pasareis.»

Estas palabras se dirigían á un hombre que tenia una coraza en la mano: pero Guerchi acudió diciendo: —«Este hombre pasará.» —«No pasará, respondió Cosseins.» Guerchi tiró de la espada gritando al mismo tiempo: —«¡Teligny! ¡Teligny! acudid, acudid, que matan á los vuestros.»

Teligny bajó al momento y Guerchi le dijo:

– «Soy yo, que vengo á dormir esta noche con algunos amigos al lado del almirante, y no quieren dejarme pasar.»

– «Es mi consigna, respondió secamente Cosseins.»

– «Gracias, señor Guerchi, dijo Teligny: mi padre no tiene necesidad de guardias.»

Guerchi se fué, y Teligny se retiró dando las buenas noches á Cosseins.

Eran las ocho de la noche.

## CAPITULO IX.

### SUMARIO.

Complot en palacio. — Preparativos y preludios. — Principio de la matanza — El Rey consiente en ordenarla. — Asesinato del almirante. — Guisa y sus complices. — Los protestantes mueren indefensos. — Asesinato de Toligny, de la Rochefoucauld y del baron del Pont.

#### I.

El Rey, la Reina madre, los duques de Anjou, de Aumale, de Nevers, y Virague se paseaban en el jardin de las Tullerías. Catalina, tenia la palabra,

— El tiempo pasa, y si se pierde, el reino estará pronto en convulsion. Todos los médicos responden de la pronta cura del almirante. Si esto sucede, ¡desgraciados de nosotros! En breves horas todo puede concluir y hasta borrarse las manchas de sangre. Coligny no puede levantarse; el príncipe de Condé y el rey de Navarra, entrarán á dormir en el Louvre y las puertas se cerrarán tras ellos como las de una prision. El pueblo de París está armado. Los católicos serán contra los protestantes mas de doce contra uno; las casas de estos están marcadas y ellos no saben lo que les espera.»

Algunos interpretaron lo de encerrar á Condé y al de Navarra como si Catalina hubiese querido decir que los aseguraría para deshacerse de ellos mas fácilmente, y preguntaron si no convendría mejor dejarlos con vida; pero el Rey los miró fijamente, repitiendo tres veces:

— «¡Todos. Todos. Todos!»

Al escuchar estas terribles palabras todos se inclinaron y guardaron silencio; pero Tavannes, con una sangre fria calculada, dijo:

— «¿Y quién será el primero encargado de herirles?»

Al oír esta pregunta, el Rey se estremeció y todos comprendieron que Enrique estaba salvo, y todos á la vez dijeron que debia salvarse al rey de Navarra. Gonzaga dijo que al príncipe de Condé debia obligársele á que abjurase y se hiciese católico, so pena de muerte; algunos cortesanos manifestaron la misma opinion, y el Rey la confirmó con un movimiento de cabeza.

## II.

Los asesinos se separaron silenciosamente, deslizándose como sombras siniestras á lo largo de los muros del palacio.

Informado de la resolución tomada por sus cómplices, se presentó en el Louvre el duque de Guisa á pié y sin ruido para no llamar la atención de los protestantes, y después de tener una entrevista secreta con Catalina, reunió á los oficiales suizos y á los jefes de las guardias francesas que habían entrado aquella mañana en París, y les arengó enérgicamente.

—Esta noche, les dijo, ha sido escogida para exterminar á los protestantes. Los primeros golpes serán para el almirante: después llegará el turno á sus partidarios...

«La fiera cayó en el lazo y es preciso empaparse en su sangre: así lo quiere el Rey.»

Después les dió sus órdenes, y cada uno fué á ocupar su puesto esperando la señal convenida.

Mandó llamar á Marcel, antiguo preboste de los mercaderes, y le mandó reunir á media noche en el Ayuntamiento los capitanes y guardias de noche.

A las once de la noche se abrieron las puertas del Ayuntamiento, y el nuevo preboste Charron entró vestido con las insignias de su empleo seguido de gran número de hombres del pueblo, marchando todos de puntillas, en el mayor silencio y sin luces, como una bandada de asesinos. Entraron en el salón, y en medio de la más profunda oscuridad, el preboste arengó á la multitud con palabras tan tenebrosas como la estancia en que resonaban.

Su elocuencia, dice un historiador, se parecía á la de un hombre borracho:

—«Amigos míos, les decía: el Rey ha tomado la resolución de exterminar á todos esos sediciosos... y destruir enteramente esa raza de malvados. A fé mía, la cosa se ha pensado muy á punto, porque sus príncipes y capitanes están como prisioneros dentro de la ciudad, y por ellos se empezará esta noche: luego llegará el turno á los otros. El reloj del palacio dará la señal...»

—¿Y cómo nos reconoceremos? dijo un hombre del pueblo al orador.

—«Con un pañuelo blanco atado en el brazo izquierdo y una cruz blanca en el sombrero, respondió el preboste.»

—¿«Y porqué ha de ser esto en las tinieblas?» dijo otro.

—«A la primera campanada, se iluminarán las ventanas.»

—¿«Y cómo reconoceremos las casas de los hugonotes?» preguntó un tercero.

—«En cada una de sus puertas encontrareis una cruz blanca.» —«Dadnos armas.»

—«Helas aquí; pero es preciso ocultarlas hasta la hora convenida.»

Entonces aquella turba de asesinos se separó silenciosa, esparciéndose por calles y plazas, y ocultando bajo sus vestidos las armas fraticidas, que en su feroz language llamaban instrumentos de trabajo.

Entretanto, Guisa y Angulema iban á llamará las puertas de algunos de sus cómplices gritándoles:—Dispertaos y tomad las armas; el momento ha llegado.

### III.

El rey de Navarra y el príncipe de Condé se acostaron á las diez de la noche, rodeados de sus servidores y allegados, que el mismo Rey les aconsejo guardar cerca de sí aquella noche.

Cárlos, sentado en su sillón, presta atento oído al menor rumor. Un solo criado está en pié tras él: la Reina madre vá y viene de una parte á otra; llama á los criados y los despide; les manda que duerman y los despierta cuando se adormecen; y por último, seguida de una de sus camareras, va á reunirse con el Rey. El duque de Anjou llega al mismo tiempo: poco despues entra Guisa, y sucesivamente todos los miembros del consejo privado, preguntando cuando empieza, y admirados de que el tiempo pase tan lentamente.

Tavannes les hizo comprender que, á favor de las tinieblas, muchos protestantes podrían escaparse, y todos convinieron en que la matanza no debería empezar hasta rayar el alba. No obstante, el duque de Guisa, el bastardo de Enrique II, el caballero de Angulema y el duque de Aumale se encargaron de la muerte del almirante y de su hijo, y se marcharon inmediatamente, despues de cambiar un signo de inteligencia con Catalina.

A las once la gente del preboste estaba en su puesto, Unos en las puertas de las casas marcadas con el signo fatal, otros en medio de las calles con el oído atento esperando la señal: las ventanas empiezan á iluminarse con hachones embreados. La claridad, el olor de brea que exhalan los hachones, el ruido de armas y los pasos

misteriosos que se oyen en la calle á deshora, despertaron á los hidalgos protestantes, que estaban alojados por orden del Rey en las inmediaciones del Louvre. Algunos se vistieron y bajaron apresuradamente á la calle.

—«¿Qué significan esos hachones encendidos tan tarde? preguntan á los sicarios que encuentran.

—«Dormid tranquilos, señores, les responden; es una fiesta nocturna que va á dar la corte.

Se adelantan hacia palacio, y al quién vive de un centinela los detienen; preguntan y se burlan de ellos: quieren pasar adelante y el centinela los rechaza; se quejan y el soldado llama á la guardia; esta acude y los insulta; tiran de las espadas, el primero cae de un golpe de partesana; los otros quieren huir; pero caen á manos de los soldados que gritan: ¡Mueran los hugonotes!

A estas voces que se repiten por todas partes y que llegan hasta el gabinete del Rey, Catalina se dirige á este, pidiéndole que dé la orden definitiva. El Rey estaba como poseído de un vértigo, temblaba de pies á cabeza, y parecía vacilar, volviendo la cara para huir de la mirada de su madre. Catalina impaciente hizo una seña á uno de los cortesanos, y al momento se dirigió á la puerta; pero el Rey lo detuvo por la capa, mirólo lijamente y despues, bajando la vista, le dijo:

—«Id... y que empiecen...»

Poco despues, las campanas echadas á vuelo resonaban con lúgubre eco, como mensajero de la muerte, de un extremo á otro de Paris.

Era mas de media noche; las puertas de la ciudad estaban cerradas, los puentes guardados, las orillas del rio cubiertas de hombres enmascarados. Guisa y el caballero de Angulema se adelantaron hacia la puerta de Nesle: Cosseins ha colocado un arcabucero delante de las puertas de las casas de la calle donde vive el almirante; los duques de Nevers y de Montpensier están junto á Cárlos, que tiembla como un azogado. En la misma habitacion, duerme sobre un colchon puesto en el suelo el anciano Pare, famoso médico calvinista, que el Rey ha querido salvar por el egoismo de su propia salud.

#### IV.

Al sonar la campana fatal, Paris apareció iluminado. Los asesinos se lanzaron á la calle gritando: Viva Dios y el Rey; y Guisa, atraído por el eco de las campanas y el resplandor de los hachones, seguido de su gente armada, llegó á la puerta de Nesle, segun estaña convenido.

Un accidente imprevisto ocurrido allí salvó la vida á muchos protestantes. El portero que dormía á pierna suelta despertó aturdido é hizo perder mucho tiempo á los asesinos, encendiendo luz, no encontrando la llave, bajando á abrir con una equivocada, y volviendo á subir para buscar la verdadera. Frontenai, Rohan, Caumont, Beauvais, La Noue, Montgomery, y otros varios tuvieron tiempo de armarse y de huir.

Guisa y sus soldados corrieron en tumulto á casa del almirante.

Cosseins y el duque de Guisa se saludaron, y despues de cambiar algunas palabras en voz baja, Guisa colocó cinco arcabuceros delante de cada ventana para impedir que los protestantes se descolgasen. La puerta de la casa estaba cerrada: Cosseins llamó mandando abrir de orden del Rey, y Labonne, que la abrió, cayó muerto de una puñalada.

Muchos soldados del rey de Navarra dormían en el patio: unos murieron sin tener tiempo de despertarse; otros se levantaron para volver á caer al momento sin vida.

Una puerta separaba la escalera del patio: algunos suizos la cerraron, y Cornaton que estaba acostado en una habitacion inmediata, levantóse precipitadamente y sin perder tiempo en vestirse formó con los suizos una barricada de muebles detras de la puerta. Esta no cede, pero abren al fin una brecha, por la cual penetran á pesar de la resistencia, matando á cuantos encuentran.

La alcoba del almirante estaba en el segundo piso: al oír el tumulto, pensó Coligny que era obra de los Guisas, y confiado en la guardia que le habia mandado el Rey, no le dió gran importancia. Sin embargo, los gritos de mata mata: mueran los hugonotes, que resonaban en la escalera, le revelaron la traicion. Llamó entonces á Merlin, su ministro, y á su criado que aun dormían, y con la ayuda de ambos bajó de la cama, y liado en una bata se arrodilló y dijo volviendo los ojos al cielo:

— «Jesus, salvador mio, yo pongo mi espíritu en tus manos.»

Merlin y Yolet se arrodillaron y repitieron la misma plegaria.

En aquel momento, Cornaton entró en la alcoba.

— «¿Qué sucede? le preguntó el almirante.

— «Señor, es que Dios nos llama; han forzado las puertas y no hay medio de resistir.»

Sin conmovirse, escuchó Coligny estas palabras equivalentes á una sentencia de muerte, y les dijo:

— «Vosotros no podeis librarme de la muerte: libraos de ella si podeis; yo confio mi alma á la misericordia de Dios.

## V.

Todos se fueron: Merlin y Cornaton escaparon milagrosamente, trepando por los tejados á una casa inmediata. Los otros criados que siguieron el mismo rumbo fueron cazados á tiros desde las ventanas de las otras casas.

Un solo doméstico aleman, llamado Nicolás Muss, quiso quedarse junto á su amo, y vió entrar en la alcoba á los asesinos con la misma sangre fria que el almirante.

Dando desaforados gritos llegaron los soldados de Guisa á la puerta de la alcoba; pero como estaba oscura y en silencio, no se atrevieron á entrar. Trajeron luces, y entonces se precipitaron sobre el almirante. Todos querían para sí la horrible gloria de darle el primer golpe. Besme, protegido de Guisa; Petrucci, vendido á Catalina; Attin, doméstico y familiar del duque de Anjou y el cobarde Serlabous entraron los primeros; pero Besme se adelantó á sus cantaradas: Cosseins seguia tras él.

Sentado en un sillón, con las manos juntas y los ojos dirigidos al cielo y reflejando una tranquilidad angelical, el almirante los vió acercarse sin conmovirse.

Muss, detrás de su señor, miraba á los asesinos impassible.

— «¿No eres tú el almirante?» dijo Besme (1), mientras otro acercaba un hachón á la cara de Coligny.

(1) Besme se casó después con una de las hijas naturales del cardenal de Lorena, hermano de duque do Guisa.

—«Yo soy el almirante,» respondió Coligny, arrojando sobre el acero que Besme blandía una mirada despreciativa: «joven, tú deberías tener consideración a mi vejez y a mis enfermedades; pero tú no podrás abreviar mis horas.»

El asesino, por toda respuesta, le clavó la espada en el pecho dos veces seguidas.

—«¡Dios mío! dijo el anciano llevando su mano a la barba, que la espada del asesino había tocado: si esta barba blanca fuera ultrajada por un hombre y no por un rapaz!...

Petrucci, Attin, Serlabous, todos a un tiempo lo hieren en el corazón, en la cabeza, en la cara en los costados. Otros, cuyos nombres no ha conservado la historia, desgarran sus miembros apuñaladas dejándolo horriblemente mutilado.

Después confesaron ellos mismos que la víctima no había lanzado ni un solo suspiro, que había mirado la espada desnuda que Besme hacía brillar ante sus ojos sin palidecer, que su aspecto los había intimidado y que el hierro se les caía de las manos al ver la serena majestad del anciano.

El duque de Guisa se paseaba en el patio con otros señores católicos, jóvenes como él, esperando que sus sicarios terminasen la famosa hazaña que acabamos de describir. Cansado de esperar, gritó con todas sus fuerzas:

—«Besme, ¿has concluido?»

Besme reconoció la voz de su amo, y abriendo una ventana, respondió: —«Esto es hecho.»

—«El caballero de Angulema no puede creerlo si no lo ve con sus propios ojos, respondió Guisa: tíralo.»

Besme y Serlabous arrojaron el cadáver por la ventana; pero las piernas se enredaron con los hierros y quedó suspendido en el aire, hasta que la espada de uno de los asesinos lo empujó de manera que cayó al patio en medio de los gritos y alegres exclamaciones de sus verdugos, que alumbraron con las antorchas desde las ventanas la caída del cadáver.

Al ruido de aquella masa inerte, que se estrellaba en las losas del patio, acudió Guisa que se inclinó sobre él con una luz en la mano para reconocerlo. Temiendo que los asesinos se hubieran equivocado, limpió con su pañuelo la sangre que cubría las facciones de la víctima, y tirando al caballero de Angulema por la capa para que se acercase, contento como si hubiera ganado una batalla, exclamó:

— «Es él, es él, lo conozco.»

Sus satélites acudieron á contemplar el cadáver, y dándole con el pié, repetían: es él, es él.

El duque de Guisa les arengaba entretanto, gritando: — «Camaradas, ¡adelante! ¡adelante!»

## VI.

Algunos fanáticos se mezclaron con los soldados de Guisa y se precipitaron por las calles inmediatas, llamando á toda puerta que veian marcada con una cruz blanca, en nombre del Rey. Los que se apresuran á obedecer caen bajo el puñal de los asesinos en cuanto han abierto las puertas. Otros que abren las ventanas inclinándose hácia la calle para preguntar quien los llama, son alcanzados por una granizada de balas: cuando las puertas no se abren de buena voluntad, caen á la fuerza y los puñales de los asesinos reemplazan el sueño de la vida de sus víctimas por el sueño eterno. Otras veces hacen salir del lecho á sus víctimas y las conducen á la calle, entregándolas á los furios del populacho, y sus despojos se reparten entre los asesinos.

¡Felices los que caen al primer golpe! Muchos asesinos se complacian en prolongar horas enteras la agonía de aquellos infelices. Desgarraban sus carnes despues de dejarlos desnudos; los mutilaban, los arrastraban por el fango y los arrastraban atados á las colas de los caballos. Aquellos fanáticos, que tal vez de buena fé se creian representantes de Jesucristo, reprodujeron contra sus víctitimas inocentes los horribles tormentos con que hacian los paganos exterminar á los primeros mártires de la Iglesia.

Muchos de aquellos asesinos católicos se prepararon con ayunos y oraciones para derramar la sangre de sus hermanos.

La carnicería fué horrible en las calles inmediatas á la casa de Coligny, donde estaba reunida la flor de los protestantes. Muchos huian por los tejados, pero no se libraban de la muerte: los arcabuceros de Catalina los hacian caer heridos á la calle, donde los remataban. Algunos quedaban colgados de las canales, y sus verdugos se divertían en acabarlos de matar á pedradas.

La muerte del desgraciado Teligny fué cruel; corriendo de tejado en tejado, refugióse en la boardilla del Chateau Neuf, en el mismo momento en que los soldados de Guisa penetraban en ella. El aire noble y dulce de aquel joven señor, que confesó ingenuamente su nombre y su religion, conmovió á los soldados, que no

solamente le dejaron la vida, sino que le ayudaron á ocultarse entre la paja, por si otros asesinos llegaban por allí. Desgraciadamente, algunos de ellos se vanagloriaron de su buena obra, y el capitán Larchant de los guardias del duque de Anjou que los oyó, mandó una compañía para que acabasen con él. Ni las lágrimas ni las súplicas de Teligny conmovieron á sus asesinos. De todos los protestantes fué él que pareció tener mas apego á la vida: abrazado á las rodillas de los arqueros, derramando abundantes lágrimas, invocó el nombre y las promesas del Rey, ofreció rescatar su vida á precio de todo su oro y de todos los bienes de su joven esposa, embarazada de algunos meses y que no sobrevivió á su desgraciado marido. ¡Nada pudo conmover el corazón de aquellos malvados!

Teligny tenia apenas veinte y seis años. Era hermoso y bien formado, de una honradez á toda prueba é incapaz de disimulo y de mentira. Los protestantes le admiraban, y Coligny le llamaba la gloria y el consuelo de sus canas.

## VII.

Guerchi quiso disputar su vida á los asesinos, pero sus esfuerzos solo sirvieron para hacer mas cruel su agonía.

Al escuchar el tumulto, Soubise corrió espada en mano á casa del almirante; pero fué envuelto por las turbas y arrastrado hasta las puertas del Louvre, donde lo remataron á puñaladas.

Casi al mismo tiempo caia bajo el hierro de la traicion uno de los protestantes mas célebres de su siglo, el joven duque de La-Rochefoucauld. El Rey lo habia entretenido hasta muy tarde, y estaba en el primer sueño, cuando vino á despertarlo su ayuda de cámara, diciéndole que algunos enmascarados llamaban á la puerta preguntando por él.

— «¡Cómo tan pronto! dijo La-Rochefoucauld. «¿Qué quiere el Rey ahora, si sale de jugar conmigo?

Levantóse y corrió á abrir la puerta, inclinándose con respeto ante el que él creia ser el Rey... y cayó para no volver á levantarse jamás.

La resistencia del baron de Pont tuvo algo de maravilloso: agujereado como una criba, segun las Memorias de su tiempo, aun combatía, y su mano desgarrada buscaba una abertura en la coraza de su adversario para clavarle su rota espada. Cubierto de heridas, mutilado, combatió mientras sus venas conservaron una gota de sangre, y murió como un héroe en una lucha desigual, aquel hombre contra quien su impúdica mujer habia presentado al Rey demanda de divorcio por falta de potencia.

## CAPITULO X.

### SUMARIO.

Asesinatos en el palacio del Rey. — Carlos y su madre presencian los asesinatos y animan á los asesinos. — La reina de Navarra salva a Leran y á otros dos protestantes. — Aspecto infernal que presentaba la ciudad. — Ferocidad de los asesinos. — Asesinato del filósofo Ramus. — Fuga de los protestantes del arrabal Saint German. — Saqueo del arrabal. — Asesinato de muchos catolicos por sus correligionarios. — La Force y sus hijos. — Vecinos y Regnier.

#### I.

Penetremos ahora en el palacio de los reyes.

Nancey y sus guardias se deslizaron sin ruido, en cuanto sonó la campana, en el departamento del rey de Navarra. En una antesala dormían vestidos y con las espadas junto á ellos los gentiles hombres, preceptores y otros empleados y domésticos, y antes que abrieran los ojos, los arqueros de Nancey se apoderaron de sus armas y poniéndoles la punta de sus espadas al pecho, les intimaron el silencio y los condujeron uno á uno á las puertas del Louvre.

El Rey y la Reina madre rodeados de cortesanos, camaristas y damas, estaban en una ventana presenciando el sangriento drama. Los servidores de su yerno y cuñado fueron saliendo al patio uno á uno; un soldado les amarraba las manos á las espaldas, otro les atravesaba el corazon de una puñalada y un criado arrojaba el cadáver á un lado para dejar lugar en el mismo sitio a la perpetracion de un nuevo asesinato.

Los cortesanos alumbraban con hachones levantados sobre la cabeza del Rey aquella horrible escena.

#### II.

Cuando tocó el turno á Piles, alzando los ojos al Rey, le conjuró á que guardase la palabra dada á los protestantes; pero el Rey hizo como que no lo oia. Entonces Piles se arrodilló y oró; quitóse una hermosa capa que llevaba y dijo á uno de los espectadores arrojándosela:

— «Toma esa capa: yo te la doy, y acuérdate del que matan tan injustamente.»

El don del moribundo no fué aceptado.

— «Gracias, mi capitán, pero yo no soy de esta tropa,» dijo el desconocido. Sin duda la vista de Cárlos llenó de espanto á aquel hombre del pueblo.

En el mismo momento un arquero se adelantó y atravesó á Piles con su alabarda de parte á parte.

Algunos servidores de los dos príncipes protestantes pudieron escapar ó vender cara su vida.

Leran, perseguido despues de haber derribado á tres de sus enemigos, penetró en la alcoba de la reina de Navarra y se precipitó en el lecho mismo de Margarita, gritando: — «Navarra, Navarra.»

Los asesinos que lo seguían de cerca entraron tras él, y la Reina levantándose medio desnuda, los detuvo preguntándoles:

— «¿Qué quereis?»

— «Matar al hugonote, gritaron los sicarios.»

— «Gracia, gracia, repetía Leran abrazándose á Margarita medio desnuda, que procuraba ocultarlo, interponiéndose entre él y los asesinos, que no parecían muy dispuestos á respetarla. Afortunadamente entró Nancey, que hizo salir á la horda homicida y condujo por la mano á la Reina á casa de la duquesa de Lorena, llevando á su lado á Leran que no fué posible separar de ella. En el camino, mataron á tres pasos de la reina de Navarra, á un hidalgo llamado Bourse, y perdió el sentido. Sus criados tuvieron que trasportarla medio muerta á las habitaciones de la duquesa, y al volver en sí vió postrados á sus piés á Moissant, primer gentil-hombre de su marido, y á Armagnac, su primer ayuda de cámara, suplicándole intercediese por ellos. Margarita reanimó su valor, y sin pararse á vestirse, cubrióse con un manto y se presentó á la Reina madre llevando de la mano á los dos hereges, cuya gracia obtuvo.

### III.

Catalina y el Rey estaban en la ventana, como ya hemos dicho, y ella contaba á su hijo el número de los cadáveres que los soldados amontonaban en el patio, sonreía graciosamente á los que despojaban á los muertos de sus vestidos, mostrándolos á sus cortesanos y parecía embriagarse de placer en medio de los vapores de sangre humana que se alzaban como una nube en torno de ella.

Los cadáveres esparcidos en el patio de palacio pasaban de ciento. La mayor parte habían sido asesinados á la vista de los reyes.

El aspecto de la ciudad era, si cabe, mas horrible que el de palacio. Los asesinos corrían en grupos por las calles gritando: «mata, mata:» la plebe mas asquerosa, los rateros, bandidos y prostitutas corrían tras ellos dando frenéticos alaridos. La siniestra luz que los hachones arrojaba sobre ellos, el ruido de las armas blancas y de fuego, mezclándose al clamoreo de las campanas y á los lamentos de los moribundos, ofrecían un conjunto satánico y horroroso.

¡Y aquellos frenéticos pretendían servir á Dios y á su causa, ofreciéndole aquellas escenas de desolacion, aquella inmensa hecatombe, mas digna de tigres y de hienas que de criaturas humanas!

En las altas horas de la noche, la matanza se hizo general; y á medida que el dia se aproximaba, parecia crecer la furia de los asesinos. Al principio asesinaron á los jefes; despues ya no repararon en la condicion; mas tarde, en siendo de protestante, toda sangre les parece buena para ser vertida. Mujeres, ancianos, niños, todos son pasados á cuchillo y martirizados bárbaramente. Los mismos católicos no se libran de su saña. El que cierra su puerta ó huye al acercarse una banda armada es herege y tratado como tal; el que no responde, el que pide la vida, el que no lleva una cruz blanca amarrada al brazo izquierdo, el que no presta su ayuda al asesino que lo llama, es tambien herege y debe morir. Los asesinos no entran en averiguaciones; nadie es juez, todos son verdugos.

Algunos infelices protestantes, perseguidos como bestias feroces, buscan un asilo en las iglesias católicas y allí mismo son exterminados. Otros que no pueden suponer lo que pasa en palacio, buscan en él un refugio y encuentran la muerte; algunos se meten en las prisiones entre los malhechores, pero son denunciados, arrojados á viva fuerza y entregados á los asesinos. Los que buscan su salvacion en el rio, encuentran las barcas separadas de la orilla, cubiertas de asesinos; la muerte los espera en todas partes. Arrojan los vivos en el Sena, y si pueden librarse de la corriente que los arrastra y llegar á la orilla, los ensartan en los hierros de las alabardas y los arrojan de nuevo al agua.

En los cuatro dias que siguieron á aquella horrible matanza, arrojó el Sena mas de mil doscientos cadáveres.

Los barqueros se distinguieron de una manera siniestra por su crueldad. En pié sobre sus ligeras barcas, recorrían el rio con extraordinaria rapidez para herir toda cabeza que sobrenadaba, toda mano que se agarraba á cualquier objeto: cogiéndolos por la ropa, levantaban en el aire á los que aun no estaban del todo ahogados y los sumergían de nuevo.

La viuda Chaveauit de Logne, arrojada en el rio, despues que un barquero le dió con el remo en la cabeza, pudo llegar á la orilla, y cuando se creia libre, otro golpe se la abrió saltándole los sesos.

#### IV.

El Sena vió tambien flotar sobre sus turbias aguas el cuerpo de un hombre, cuyos trabajos literarios hicieron gran ruido en su siglo.

En la esquina de la calle de los Carmes, en un quinto piso y en una habitacion cuyos ornamentos se reducian á una silla de pino y un monton de paja, vivía un sabio, que los monarcas no se desdeñaban de visitar alguna vez, y cuyo nombre resonaba en Italia, en Alemania y en Inglaterra, en donde quiera que se discute y cuestiona sobre los arduos problemas de la filosofía y de la moral: este hombre era Ramus.

Charpentier, su contrincante, seguido de una porcion de estudiantes católicos, van á sorprenderlo en su buhardilla; pero solo Charpentier penetra en el sagrado recinto. La puerta estaba abierta. Los dos representantes del empirismo y del esplritualismo se saludaron. y tuvieron la siguiente conversacion en latin, que un historiador contemporáneo ha conservado.

— «La hora ha llegado.

— »¿Qué quieres?

— »¡Tu vida!

— »¿Mi vida?

— »Yo te la vendo.

— »¿Por cuánto?

— »Todo lo que posees.

— »Convenido.»

Ramus sacó de su lecho de paja una bolsa llena de oro que dió á Charpentier. Este la tomó y echó á correr.

Algunos escritores pretenden que al salir mostró con el dedo á los asesinos la ventana de su rival; otros dicen que se escapó como un ladrón nocturno. Lo cierto es que los estudiantes empezaron por tirar piedras á su ventana, hasta que uno más atrevido forzó la puerta; entonces todos se precipitaron escalera arriba, y encontraron á Ramus sentado sobre la paja, esperando tranquilamente que su suerte se cumpliera, y hablando con un discípulo que no lo había abandonado.

La mano que hirió al filósofo fué la de un joven á quien él se complacía en hacer leer sus obras.

El golpe fué tan bien dado que no necesitó otro para morir.

Arrojaron el cadáver por la ventana: al caer de tal altura, se reventó el vientre, y las entrañas se esparcieron por el suelo. A la voz de sus regentes, los estudiantes se precipitaron sobre aquellos restos sangrientos, y se lo repartieron como trofeo, arrojándolos después en las calles inmediatas, en medio de los gritos del populacho, que apaleaba el cuerpo del filósofo, arrastrado por los estudiantes. Atravesaron la plaza Maubert, y lo arrojaron al río delante de la Catedral.

El discípulo que lo acompañó hasta el último momento y algunos otros siguieron de lejos á los asesinos de su maestro: en los arcos del puente de San Miguel, sacáronlo á la orilla y empezaron á envolverlo para llevárselo; pero acometidos á pedradas, tuvieron que huir.

Supónese que durante la noche, un cirujano separó la cabeza del cuerpo y se la llevó; el cuerpo fué arrojado en una letrina. Así murió una de las brillantes lumbreras del siglo xvi. Ramus vivía de legumbres, y empleaba su módica renta en educar á estudiantes pobres, á quienes no pedía otro agradecimiento que un odio sin límites contra el empirismo escolástico.

## V.

Algunos señores protestantes que vivían en el arrabal de San German frente al Louvre, despertados por el ruido que hacían los soldados de Guisa, se armaron y salieron silenciosamente á la calle, dirigiéndose á la orilla del río que los separaba del palacio, atraídos por el resplandor de los hachones que brillaban en la morada real. Desde allí vieron armas y soldados y mucha gente agolpada ante el balcón, en que aparecían señoras y caballeros que no podían distinguir bien, pero que no podían ser otros que la familia real; y los pobres protestantes se imaginaron que los Guisas entraban en París para acometer al Rey en su propio palacio, y que este se preparaba á la defensa.

— «Atravesemos el río, corramos á defenderlo,» dijeron unánimes: y diciendo y haciendo, bajaron á la orilla y se apoderaron de una barca: mas dirigiendo de nuevo la vista hácia palacio, percibieron claramente á Catalina extendiendo el brazo en la direccion en que ellos se encontraban, y á Cárlos, con el cuerpo inclinado hacia adelante, apuntándoles con un arcabuz. El tiro salió, pero la distancia era demasiado grande para que alcanzase la bala. Convencido el Rey de la inutilidad de su acción, gritó señalándolos con la mano.

— «Matadlos, matadlos.»

Esta voz maldita, repetida por los sicarios, llegó á oídos de los protestantes, que se apresuraron á bogar río abajo: y ya era tiempo, porque otras barcas saliendo de la orilla opuesta los seguían. No pudiendo alcanzarlos, los católicos se precipitaron en el arrabal de San German, que encontraron casi desierto; registraron las casas, y en los ancianos, niños y mujeres se vengaron de los fugitivos.

Todos los historiadores están conformes en que, furiosos los asesinos por no encontrar en el arrabal de San German las víctimas que esperaban, volvieron á Paris atravesando los puentes en tumulto y degollaron á cuantos se les pusieron por delante, fuesen protestantes ó católicos, sin pararse á averiguar la religion que profesaban.

El día comenzaba á brillar en el horizonte: el trabajo de la noche ha fatigado á los asesinos y entonces imaginan un medio de beneficiarlo en su provecho.

— «¿Cuánto me das y te dejo la vida? ¿Cuánto me das y te mataré de un solo golpe en lugar de hacerte sufrir durante una hora? ¿Cuánto me das y te dejaré escoger la muerte que quieras?»..

Desgraciados los que se niegan á entrar en estos tratos; sus martirios son mas horribles que los de la Inquisicion.

Hordas de asesinos capitaneados por los señores católicos, corren desde el amanecer á las puertas de la ciudad, y continúan la matanza de la noche anterior á la luz del día. Todo el que entra ó sale sin una cruz blanca en el sombrero, cuyas miradas les parecen inquietas, pálida la fisonomía, ó que revelan los menores signos de miedo, caen víctimas de su saña. Pero decimos mal, no todos caen: algunos mueren matando; otros se escapan despues de luchar heroicamente.

## VI.

Algunos protestantes prefirieron morir antes que abandonar sus hijos: La Force huyó de París; pero apenas se encontró á alguna distancia, recobró el ánimo, pensó en sus hijos y se volvió á la ciudad y esperó á los asesinos en su casa rodeado de su familia.

Los asesinos lo siguieron, y el capitán Martin, al frente de ellos, entró en casa de La Force pocos momentos después que él. El desgraciado padre apenas tuvo tiempo para ocultar á sus hijos bajo una manta.

—«Vamos, dijo el capitán Martin, encomiéndate á Dios, porque es preciso morir:» y así diciendo, levantó con la punta de la espada la manta que ocultaba los niños.

—«Cúmplase la voluntad de Dios, dijo La Force: yo soy viejo; pero ¿qué han hecho estas pobres criaturas?

—«Mueran, mueran,» gritó el capitán Martin: y dos soldados levantaron sus armas sobre ellos; pero La Force abrió un cofre lleno de oro y de alhajas, y los soldados dejaron á los niños para arrojarlos sobre este botín inesperado. Algunas palabras del anciano, dichas en voz baja al capitán, cambiaron su resolución; y diciendo á La Force: «sigueme», salió de la casa con el padre que llevaba los hijos de la mano. Al llegar al pie de la escalera, el capitán les hizo cruces blancas con su pañuelo, les remangó las mangas hasta los codos como las llevaban los asesinos, y así salieron tan de prisa como el tumulto lo permitía. Atravesaron por medio de escenas horribles y llegaron á una casa iluminada por muchos hachones, donde entraron.

—«Aquí estareis ocultos, dijo el capitán, hasta que me entregéis los dos mil escudos que me habeis ofrecido. Estos dos hombres os guardarán, y este otro puede ir á buscar vuestro rescate. Adios.»

La Force mandó á Gast, su ayuda de cámara, á casa de madama Bricen-Bourg, su cuñada, para que le remitiese el importe del rescate; pero esta señora dijo que no podía mandarlo hasta el día siguiente. Entretanto los dos guardianes de La Force empezaron á enternecerse á la vista del noble anciano y de sus tiernos hijos. Uno de ellos le dijo en voz baja:

—«Señor, marchaos, que yo volveré la cabeza para no veros ir.

—«No, respondió La Force, yo no puedo irme; y dió la mano al soldado en muestra de agradecimiento.

—»¿Y vuestros hijos?

—»Que Dios disponga de ellos como de mí, según su santa voluntad, respondió aquel hombre heróico; prefiero morir á cometer un perjurio.»

Antes que llegase el criado con el rescate, entró el conde de Coconas con cuarenta ó cincuenta soldados; pero aquí empieza la maravillosa aventura del joven Caumont, que se encuentra manuscrita en los archivos de la casa de La Force, y que traducimos textualmente.

## VII.

«El conde de Coconas empezó á decir al señor de La Force, que, habiéndose advertido á monseñor el hermano del Rey, que ellos estaban allí detenidos prisioneros, lo habia enviado á él á buscarle, porque deseaba hablarle; y diciendo esto, los despojaron de sus capas y sombreros; de suerte que conocieron bien que era para hacerlos morir. El señor de La Force se quejó entonces de aquella falta, atendiendo á que el dinero ofrecido por su rescate estaba pronto.

»El mas joven de los niños, llamado Santiago Nompar, hablaba sin cesar, reprochándole su perfidia y consolando á su padre...

»Los asesinos que esperaban encontrar cinco personas y no vieron mas que cuatro, preguntaron donde estaba la otra. Este era Gast, que viendo su mala intencion, fué á ocultarse á un camaranchon en lo alto dela casa; pero lo buscaron tan bien, que lo encontraron; y entonces empezaron á conducirlos á todos al matadero.

»Habiendo llegado al final de la calle de los Petits Champs, cerca de la muralla, gritaron todos á un tiempo: ¡Mueran, mueran!... El mayor de los niños fué el primer herido, y tambaleándose, gritaba: ¡Ah, Dios mio!... soy muerto. El mas pequeño (sin duda inspirado por el cielo) hizo lo mismo sin haber recibido ningun golpe y se dejó caer como su hermano.

»Su padre y su hermano, aunque ya por tierra, recibieron todavía muchos golpes; y el pequeño ni siquiera un arañazo, y aunque fué al instante despojado hasta de la camisa, los asesinos no vieron que no tenia ninguna herida.»

»Como ellos creyeron haberlos rematado, se retiraron: los de las casas vecinas salieron á ver los muertos por curiosidad, y un pobre hombre, acercándose á Santiago, empezó á decir: —Este no es mas que un pobre niño... Habiéndolo oido el muchacho, levantó la cabeza, y le dijo: —Yo no estoy muerto... ¡Por piedad, sálvame la vida! El buen hombre le puso la mano sobre la cabeza y le dijo: —¡Paz!... no te

muevas, que aun no están lejos. El hombre se paseó un poco, volvió y le dijo: — Levántate pronto, hijo mio, que ya se han ido... Y de repente le echó sobre la espalda un viejo manteo. Preguntáronle los vecinos lo que llevaba, y él respondió que era su sobrino borracho, á quien azotaria bien aquella noche.

»Llevólo á un camaranchon en lo mas alto de una casa vieja, y lo vistió con los trapos de su sobrino.

»Este hombre era un marcador del juego de pelota de la corte de Verdelet, y de los mas pobres, y percibiendo en los dedos del niño algunas sortijas, se las pidió para ir á buscar algun recurso.

»Guardólo consigo toda la noche, y á el alba preguntóle donde quería que lo llevase. A lo que el muchacho respondió: «Al Louvre, donde tengo una hermana que está con la Reina;» pero el buen hombre conoció el peligro de acercarse á aquella guarida de lobos, y no quiso llevarlo. El muchacho le propuso que lo llevara al arsenal, donde tenia una tia y el hombre consintió, añadiendo que, como era muy pobre, debería jurar de darle treinta escudos, lo que el niño La Force prometió y cumplió.»

## VIII.

En medio de los horrores cometidos por los católicos en aquella sangrienta jornada, ha conservado la Historia un rasgo de nobleza, que por lo excepcional es digno de referirse.

Regnier, hidalgo de Quercy, y Vezines, teniente de Rey en la misma provincia, protestante el uno y católico el otro, se odiaban reciprocamente. El mismo Rey habia intentado en vano reconciliarlos. La víspera de la Saint Barthelemy, Vezines recibió orden de marchar á la provincia de que era gobernador. Al salir Vezines de Paris, vió empezar el degüello de los protestantes, y entrando de nuevo en la ciudad, se fué á la fonda donde paraba Regnier. Entró en su alcoba, y despertándolo, le intimó á que se vistiera y le siguiera.

Regnier saltó del lecho, encendió luz y reconoció á Vezines, que tenia una pistola en una mano y una espada en la otra: — «¿Que me quieres? —»Sigueme.

— »Dejame al menos encomendar mi alma á Dios.

— »Sigueme, te digo: ya rezarás mas tarde.

— »¿A dónde me llevas?

— «Sigueme, que ya lo sabrás.»

Tal fué el diálogo que tuvo lugar entre los dos enemigos. Ambos bajaron la escalera y salieron á la calle. Vezines y su criado iban á caballo, Regnier iba á pié á su lado como un condenado que llevan al patíbulo. Vezines llevaba la espada en la mano y las turbas de asesinos que los veían pasar, creían que era un protestante que llevaban al suplicio. De esta manera salieron de Paris, y Vezines, silencioso hasta entonces, dijo á Regnier:

— «¿Me prometes bajo palabra de caballero no escaparte si te dejas libre?»

— «Os lo prometo bajo palabra de caballero.

— «¿Me prometes tambien no preguntarme nada sobre lo que te revelaré?»  
— «Tambien lo prometo.

— «Pues bien, monta á la grupa de mi caballo y marchemos.

Los caballos salieron al galope y no pararon hasta llegar al castillo de Regnier. Se apearon, y Vezines rompiendo el silencio habló á Regnier de esta manera:

— «Hubiera podido vengarme: vuestra vida estaba en mis manos; pero este crimen no hubiera podido soportarlo mi conciencia. Ocultaos y que nadie os vea hasta dentro de algunos dias, porque los asesinos os conocen. Yo salia de Paris cuando la campana de rebato ha empezado á sonar y he vuelto para salvaros. Si os hubiera revelado mis designios, hubierais marchado sin temor, y probablemente ambos hubiéramos sido asesinados. Si las turbas nos han dejado pasar, lo debemos á que, engañados por nuestra actitud, creían que os llevaba al suplicio. ¡Demos gracias á Dios! Vos por haber escapado de la muerte, y yo porque me ha escogido para ser vuestro libertador! Mas no dejemos de odiarnos con todas nuestras fuerzas; nos volveremos á ver y terminaremos nuestra querrela en campo cerrado.»

Llorando á lágrima viva, Regnier quiso arrojarse en los brazos de su generoso enemigo; pero este rechazándolo, metió espuelas al caballo y desapareció.

Regnier ensilló el mejor caballo que tenia, y dió orden á uno de sus criados de alcanzar á su salvador y de dárselo de su parte como un recuerdo de su noble accion. Vezines, no quiso aceptarlo.

## CAPITULO XI.

### SUMARIO.

Aspecto de París al dia siguiente. — Explotacion de las victimas por los asesinos. — El Rey y sus cortesanos. — Cinismo de Catalina y de sus damas. — Continuacion de la matanza durante tres dias. — Venganzas particulares y explotacion del crimen. — Profanacion del cadáver del almirante. — La corte y la plebe en Montfaucont. — El Rey despues de las matanzas. — Remordimientos. — Fiestas y regocijos por el exterminio de los hereges.

#### I.

El aspecto de Paris en la mañana que siguió á la noche, cuyos horrores hemos bosquejado, era mas horrible si cabe que el de la misma noche. El sol, iluminando el fúnebre teatro de aquella tragedia del fanatismo religioso, descubrió por doquiera sangre, cadáveres mutilados y amontonados, siniestras fisonomías, asesinos cansados de matar, moribundos que pedian á sus verdugos el golpe de gracia que los librase de los tormentos de una lenta agonía. Templos, palacios, jardines públicos, todo ofrecia á la vista el mismo aspecto de desolacion.

A orillas del Sena, sobre todo en las inmediaciones del Louvre, se veian montones de cadáveres, rodeados de asesinos, que explotaban las afecciones de los parientes y amigos de las victimas. Madres y esposas afligidas, arrostrando la muerte acudian á aquellos lúgubres sitios por ver si encontraban los cuerpos de sus allegados. Los asesinos se hacian pagar á peso de oro el dejar llegar á aquellas infortunadas cerca de los cadáveres, y cuando por sus lágrimas ó exclamaciones daban á conocer que alguno de aquellos cuerpos les era preferido, los sicarios les decian:

— «¿Es vuestro padre? Pues yo os lo vendo. — He aquí vuestro hermano, por tal suma os lo dejaré llevar.»

De esta manera algunos protestantes pudieron recoger los cuerpos de sus parientes; pero sus tribulaciones no concluían allí. En el camino del cementerio encontraban nuevos asesinos que les decian puñal en mano:

— «¿Cuánto me das y te dejo pasar!»

Los enterradores á su turno se negaban á enterrarlos, si no les pagaban adelantado lo que se les antojaba pedir por sus horribles servicios.

## II.

Al alba se fué el Rey á dormir, fatigado por las emociones de la noche. Al despertar, se encontró rodeado de cortesanos, que le felicitaban por los sucesos de que habian sido testigos las sombras de la noche. Cárlos respondía con monosílabos á aquellas vergonzosas y bajas adulaciones; su voz era ronca y ahogada, y como Neron despues de su parricidio, ora se levantaba de su asiento temblando, ora se dejaba caer agitado por violentas convulsiones.

Mientras que él recibia los homenajes de los señores católicos, se llevaban los cadáveres amontonados ante las ventanas del Louvre, y Catalina desde la ventana, contemplaba la operacion, entreteniéndose en contarlos y repetir sus nombres.

Algunas camaristas y damas de la Reina, para ver de mas cerca el espectáculo, salieron de palacio y se mezclaron con los enterradores.

Allí pudieron ver el cadáver del baron de Pont, (á quien su joven esposa, llevó á los tribunales acusándolo de impotencia). La cual así que se vió viuda no tardó en casarse con el conde de Rollan. Tal para cual.

Cuando la operacion de llevarse los cadáveres concluyó, Catalina llamó á sus astrólogos, para que le leyeran el porvenir; y ellos, despues de leer en sus misteriosos libros y de ejecutar sus cábalas, le predijeron larga vida, lo mismo que á su hijo, y contenta y libre de sus terrores, los despidió colmándolos de regalos.

## III.

No crea el lector que los acaecimientos concluyeron con las tinieblas de la noche: sus horrores se reprodujeron durante tres días consecutivos; y en tanto las tiendas estuvieron cerradas, los trabajos suspendidos y en las calles no se veia mas que á los asesinos: los mismos católicos, aterrorizados, no se atrevían á salir de sus casas.

Gros Lot, teniente general de Orleans, y Gazzault, rico comerciante, cayeron asesinados, el segundo por su heredero, el asesino del primero ocupó en Orleans el mando que desempeñaba su víctima...

—«Abrid, abrid, La Pataudiere, he aquí la cabeza de vuestro enemigo Des-Prunes.»

La Pataudiere abrió, pagó el precio convenido y corrió á solicitar el cargo de tesorero de Francia en Poitou, que el difunto desempeñaba.

El empleo le fué concedido...

Lomenié, secretario del Rey, sostenía un pleito contra un señor católico, sobre unas tierras de Versalles; su contrincante lo asesinó despues de arrancarle por la fuerza la cesion de sus derechos.

Un tirador de oro llamado Crucé, despues de saquear la casa del canónigo Bouillard, hizo á este morir de hambre. Al tercer dia, el puñal concluyó la obra homicida.

El conde de Coconas, á quien ya conoce el lector, compraba á los asesinos pobres los protestantes que habian atrapado, y sometiéndolos á tormentos horribles, les obligaba á renegar de su secta antes de morir.

Despues que Guisa y Cosseins salieron de casa del almirante, las hordas de la plebe se precipitaron en la casa para saquearla, y un criado del duque de Nevers cortó la cabeza á Coligny, envolviéndola en un paño, corrió á palacio y la puso sobre la mesa junto á la cual estaba Catalina, por quien fué recompensado.

El mutilado cadáver del almirante fué arrastrado por las calles, sujeto con cuerdas y cadenas, por la turba desenfrenada, precedida de una banda de muchachos que gritaba:

— «Paso al almirante, es el almirante traidor á su Dios y á su rey!»

De esta manera, dejado por unos y tomado por otros, el cadaver de aquel hombre tan leal, de aquel gran capitan, fué arrastrado durante tres dias, de un extremo á otro de Paris. Al fin sus restos no ofrecian mas que un resto informe y repugnante: unos le habian arrancado las orejas, otros las manos, otros los pies y otro ostentaba como trofeo colgado al cuello, alguna otra parte de su cuerpo. En tal estado fué abandonado el cadáver á los muchachos, los cuales, cansados de divertirse con él, lo arrojaron al rio en medio de una gran algazara. Atraidos por el ruido, los asesinos se enteraron de la sepultura dada al jefe de los protestantes, y creyéndola demasiado honrosa, dispersaron los muchachos á pedradas y sacaron el cadáver del Sena gritando:

— «¡A Montfaucon! ¡á la horca de Montfaucon!»

La palabra corre de boca en boca, y hombres, mujeres y niños se forman en marcha dando alaridos infernales, y al cabo de dos horas llegaron al lugar del suplicio. Un herrador les dió cadenas de hierro, con la ayuda de las cuales suspendieron el cadáver en la horca: encendieron hogueras al rededor, y mientras que la carne caia á pedazos quemada en las llamas, dándose las manos los asesinos de toda edad y sexo, bailaban y cantaban formando circulo al rededor del fuego.

¡Imposible parece, pero la Historia asegura que el Rey, su madre y la corte fueron á presenciar esta escena repugnante, propia solo de caníbales.

Como algunos cortesanos apartasen la cabeza por librarse del hedor que exhalaban los calcinados restos de la víctima, Cárlos les dijo:

— «Vamos, pues el cuerpo de un enemigo muerto siempre huele bien...»

Algunos dias despues, Montmorency hizo descolgar de la horca durante la noche, los huesos calcinados, que fueron enterrados en Chatillon.

Tal fué el fin del gran almirante de Francia, que habia asistido á seis batallas campales y á mas de cien combates.

Sus descendientes pusieron sobre su tumba la siguiente inscripcion:

— «Aquí reposan los huesos de Gaspar de Coligny, gran almirante de Francia, señor de Chatillon; su alma, está en el seno de Aquel por quien combatió con tanta constancia.»

#### IV.

Al crimen siguen los remordimientos: el Rey cree ver espectros por todas partes: no puede quedarse solo ni cerrar los ojos. Jura, blasfema y reza alternativamente. Tira de la espada para defenderse de enemigos imaginarios. Llama á sus cortesanos y les dice:

— «No soy yo quien ha mandado tocar á rebato, quien ha distribuido las cruces blancas ni gritado á los asesinos: ¡mata, mata! Yo no he derramado la sangre de mis vasallos. Caiga esa sangre sobre la cabeza de los culpables; pero dejad en paz á los inocentes. Escribid á los gobernadores de las provincias y á la Liga negando mi complicidad en los crímenes de esta horrible noche.»

Los cortesanos obedecen y escriben lo que Cárlos les dicta.

— «Es el pueblo, quien se ha conmovido y sublevado con gran sentimiento del Rey, promoviendo una sedicion en la cual han perecido, su primo el almirante y algunos otros de su partido.»

En su carta á los de la Liga, tomaba á Dios por testigo de la pureza de sus intenciones y de su inocencia...

—«Lo que ha pasado es un accidente sobrevenido estos días pasados en la ciudad de Paris, á consecuencia de una cuestion particular, y llegó á tal exceso que, si Su Majestad hubiera podido, harto hubiera hecho con todos sus guardias preservando su casa y las reinas, su madre y esposa.»

Mas apenas habia dictado estas cartas, cuando el terror se apoderaba de él sumergiéndole en nuevas inquietudes.

—«¿Y porqué no acusaría yo á Guisa de todo esto? Qué podría él responder si yo le dijera, ¿qué has hecho del almirante? ¿Dónde estabas tú la noche del 24 de agosto? ¿A qué hora te fuiste á dormir?... ¿Quién podría levantarse para defender al duque de Guisa? ¿Las hordas de asesinos, entre quienes pasó la noche y que lo vieron en casa de Coligny? ¿Los protestantes, que dos dias antes vinieron á pedirme que salvara al almirante de las asechanzas de Guisa? ¿No conoce todo Paris el odio que ambos se profesaban?... Escribid que los Guisas lo han hecho todo, y que ellos solos deben responder ante Dios y los hombres de cuanto ha pasado en los últimos tres dias.»

La presencia de Catalina cambiaba la escena.

La Reina madre trastorna todas las ideas de su hijo, demostrándole como dos y dos son cuatro, que los muertos están bien muertos, y que por algunos revoltosos que el pueblo irritado ha despachado al otro mundo, tomándose la justicia por su mano, no debe el Rey sufrir el menor remordimiento ni comprometerse á los ojos del mundo católico y de su propio pueblo, considerando como un crimen una obra meritoria, agradable, á los ojos de Dios. ¿No valia mas librarse de ellos, que verse asediado en su propio palacio; tal vez cautivo, y el almirante coronado?...

Cárlos enjuga sus lágrimas, se arroja en brazos de su madre y se cree por algunos momentos un hombre justo, y las cartas que deben mandarse á las provincias son modificadas de la siguiente manera:

«Una conspiracion espantosa debia estallar la noche de San Bartolomé, y ha sido descubierta; los conjurados se cogieron infraganti; la monarquía se ha salvado del peligro mas grande que ha corrido. Todo lo que sobrevino, fué por orden expresa de Su Majestad, y no por causa alguna de religion, ni por contravenir á los edictos de pacificacion, que el Rey ha querido siempre observar como lo quiere ahora, sino para librarse de una desgraciada y detestable conspiracion, hecha por el almirante y sus adherentes y cómplices contra la persona del señor Rey y contra su Estado, la Reina su madre, sus señores hermanos, el rey de Navarra, los príncipes y señores estando con él.»

El Rey, la Reina madre, los cortesanos, el clero, todo el mundo, se viste de gala: limpiase la sangre, cántase el Te-deum, el clero recibe á Cárlos bajo palio y le ofrece agua bendita, échanse las campanas á vuelo; adórnanse las imágenes con guirnaldas de flores, y el eco de los cánticos y el humo del incienso se elevan en los aires, ahogando los lamentos de las víctimas y absorviendo los miasmas que exhalan los cadáveres.

Heraldos de armas recorren las calles de la capital arrojando al populacho medallas de cobre y plata, acuñadas para eternizar la memoria de la noche del 24 de agosto. Por una cara se veia á Carlos IX sentado en su trono, con el cetro en una mano y una espada desnuda en la otra; á sus piés los cadáveres de los rebeldes y en torno la siguiente leyenda: « Virtus in rebelles.»

En el reverso se ven las armas de Francia y la divisa de Cárlos: La piedad ha despertado la justicia, «Pietas justitiam excitavit.» Otra medalla llevaba la efigie del Rey con la siguiente inscripcion. Carlos IX, domador de los rebeldes. 24 de agosto de 1572.

## CAPITULO XII.

### SUMARIO.

Proceso y condenacion del almirante y de sus supuestos complices Briqueinaut y Cavagnes. — Su ejecucion delante de la corte en la plaza de la Greve. — Número de las victimas en Paris. — Regocijos en Roma y Madrid por la destruccion de los protestantes en Francia. — La Saint Burthelemy en las provincias. — Matanzas en Rúan, Lion, Burdeos y otros puntos. — Total de victimas en Francia. — El castigo do Carlos y de su madre. — Funestas consecuencias de la Saint Bartnelemy para el catolicismo.

#### I.

La corte habia prometido probar los crímenes del almirante. Cosseins, por orden de Catalina, se habia apoderado de todos sus papeles, y nada encontró en ellos que pudiera comprometerlo. ¿Mas qué importaba á los perpetradores del crimen, cometer uno nuevo? ¿No eran omnipotentes?

El Parlamento recibió orden de reunirse y obedeció.

El Rey asistió á la apertura con gran pompa, y pronunció un discurso en que repitió las absurdas acusaciones dirigidas contra el almirante en la última carta extractada en el capítulo anterior, acabando por recomendar al Parlamento, que concluyera la obra empezada y castigara á los culpables.

No tardó muchos dias en sustanciarse aquel proceso: hé aquí la sentencia:

«Se condena al almirante como criminal de lesa majestad, perturbador de la tranquilidad pública, autor y director de una conjuracion contra el Rey y la seguridad del Estado. Confíscanse sus bienes, suprímese su nombre y se condena su memoria. Su cuerpo, si puede encontrarse, ó un maniquí que lo represente se arrastrará de la Conserjería hasta la plaza de la Greve, donde será ahorcado y conducido enseguida al matadero de Montfaucon; sus escudos de armas amarrados á las colas de los caballos y paseados por las calles de la capital, de las ciudades, villas y aldeas del reino y despues rotos por mano del verdugo; sus estatuas derribadas y rotas, y su castillo de Chatillon arrasado, sin que pueda nunca reconstruirse. Se arrancarán de raíz los árboles del parque que rodean la casa del culpable, y se levantará una columna de piedra, que recuerde á los siglos venideros la sentencia del almirante, escrita sobre una placa de cobre. Sus hijos se declaran innobles, villanos, extripaterrones, y no podrán testar ni poseer estados, oficios,

dignidades y bienes en el reino. Todos los años, el 24 de agosto, aniversario de la Saint Barthelemy, se harán públicas plegarias y procesiones generales para dar gracias á Dios por el castigo de los culpables.»

Antes que concluyera el año, todos los jueces que firmaron esta sentencia en nombre del Rey, confesaron que se habian engañado, y la memoria del almirante fué rehabilitada con la misma solemnidad con que fué condenada.

## II.

Briquemaut y Cavagnes, dos ancianos respetables fueron escogidos para acompañar á la plaza de la Greve al maniquí, que representaba al almirante, condenados como sus cómplices. Uno y otro eran conocidos del Rey, á cuya familia prestaron grandes servicios, con la espada el primero y el segundo como consejero en el Parlamento de Tolosa. El Rey solia llamarlos padres.

Los primeros jueces encargados de su interrogatorio se levantaron declarando que no se mancharían en sangre inocente.

Nombráronse nuevos jueces, mas sumisos, que para abreviar el proceso, ni los carearon con los testigos, ni les dijeron el nombre de los delatores, ni les dieron traslado del proceso. Fué un juicio por el estilo de los de Luis XI; ó acusar al almirante de toda clase de crímenes ó morir, y aquellos hombres heroicos no quisieron comprar algunos dias mas de vida al precio de una maldad.

Fueron condenados á iguales penas que el almirante.

Briquemaut, que oyó leer su sentencia con calma heroica, cuando el escribano leyó las penas impuestas á sus hijos y nietos, exclamó anegado en lágrimas:

— «¡Pobres hijos míos! ¿Qué habeis hecho para ser tratados de esta manera?»

El desgraciado perdió la cabeza, y propuso que confesaría cuantos crímenes quisieran...

¡Ya era tarde! y debió prepararse á morir.

Cavagnes, que no perdió ni un momento su serenidad, lo reanimó, y ambos no pensaron mas que en morir como habian vivido.

Aquellos nuevos asesinatos fueron una verdadera fiesta para la corte y para el populacho.

Lleváronlos á la plaza de la Greve cargados de cadenas, cubiertos de lodo que les arrojaban en el camino, llenándolos de insultose improperios.

La plaza estaba cubierta de gente: en una galería del ayuntamiento estaban Cárlos, su madre y toda la corte, comiendo y bebiendo al mismo tiempo que presenciaban las Justicias, y como la horca no estaba aun levantada, los dos ancianos estuvieron mas de una hora en pié delante de la galería ocupada por los reyes, mirando su festin y el patíbulo que se levantaba á su vista.

La noche llegó entre tanto, y Catalina mandó que colocasen hachones alrededor de la horca, para que su hijo viese bien el espectáculo.

Mas de media noche era cuando la corte se retiró; entonces el populacho se apoderó de los cadáveres, los quemó y arrastró sus restos calcinados por las calles de Paris, pasando y repasando bajo las ventanas de palacio desde donde Catalina los saludaba.

La plaza de la Greve fué toda la noche teatro de una báquica orgía, en la cual una turba de asesinos de ambos sexos cantaban y danzaban al rededor del maniquí que representaba al almirante.

### III.

Las víctimas, en Paris solamente, pasaron de diez mil.

Mas de tres mil cadáveres fueron arrojados al Sena.

Trescientos caballeros fueron asesinados en las inmediaciones de la casa del almirante.

Seiscientos en el Louvre y sus inmediaciones.

De cuatrocientos á quinientos murieron en las prisiones, en donde habian buscado un refugio.

Cerca de doscientos perecieron sobre los tejados.

En la calle de Santiago pasaron de trescientos los trabajadores protestantes que cayeron á golpes de mazas y arrojados desde las ventanas.

Un millar de hombres estuvieron ocupados, durante dos dias, en llevar cadáveres al rio, ó en darles sepultura en las fosas abiertas cerca del Louvre.

Mas de un año duró el descubrimiento de cadáveres en las cavas, tejados y graneros.

En Roma y en Madrid se celebró con fiestas y regocijos la noticia del exterminio de los protestantes franceses, y Felipe II y el Papa felicitaron á Cárlos y á su madre por su buena obra.

Felipe II escribió á Catalina diciéndole que era la mas grande y la mejor noticia que él podía recibir.

El Papa celebró la noticia con salvas de artillería y repiques de campanas; publicando un jubileo y acuñando una medalla en honor de aquel gran suceso.

El cardenal de Lorena, que estaba en Roma, celebró el asesinato de sus compatriotas con una gran procesion en la Iglesia de San Luis. Sobre las puertas de la iglesia hizo poner una inscripcion en letras doradas, en la que decia que el Señor habia satisfecho los votos y plegarias que él le dirigía hacia doce años.

Segun dice Sismondi, en la página 179 del tomo XIX de su Historia de los franceses, «el deseo de un degüello general de los protestantes habia sido manifestado por Felipe II y el duque de Alba, Pio V, Gregorio XIII y sus ministros... pero Catalina de Médicis y Cárlos IX no les habian concedido su íntima confianza.»

#### IV.

Hé aquí la carta con que el nuncio de Su Santidad, Salviati, anunciaba el 24 de agosto al papa Gregorio XIII, el degüello de los protestantes en Francia:

«Hágame la gracia de besar al Santísimo Padre los pies en nombre mio, y con él me regocijo con todo mi corazon de que la Divina Majestad haya querido encaminar desde el principio de su pontificado tan feliz y honrosamente las cosas de este reino, habiendo protegido de tal manera al Rey y á la Reina madre, que han sabido y podido extirpar esta emponzoñada raíz con tanta prudencia y en tiempo tan oportuno, que todos sus enemigos han caido en su poder y están bajo llaves.»

En cuanto el Papa recibió la noticia, como ya hemos dicho, se fué á la iglesia de San Márcos, con todo el Sacro Colegio, para dar gracias á Dios de la merced singular que habia concedido á la Sede apostólica y á toda la cristiandad; se publicó por su orden un jubileo universal, hiciéronse salvas de artillería en el castillo de Sant Angelo, y por la noche se iluminó la ciudad. El cardenal de Lorena, fuera de sí de alegría, regaló mil escudos de oro al gentil-hombre del duque de Aumale, su hermano, que le llevó la noticia del degüello.

A la procesion que se hizo en accion de gracias en la iglesia de San Luis, asistieron los embajadores de las naciones católicas, y sobre la puerta de la iglesia hizo colocar el cardenal de Lorena una inscripcion para dar gracias á Dios por la hazaña de Cárlos IX.

«El cardenal Fabio Orsini fué enviado á Francia, para felicitar al Rey por su heroica accion. A su paso por Lion, hizo que le presentasen á Bordou, director del degüello de los protestantes depositados en las cárceles de la ciudad, bajo la fé del gobernador Mandelot. El legado felicitó públicamente á aquel hombre por su celo en servir la Iglesia de Dios y por el justo castigo que habia impuesto á sus enemigos; y le dió una absolucion general, por todo loque pudiese haber de irregular en su conducta.»

He aquí el extracto del discurso pronunciado en Roma por Antonio Mureti, dirigido á Gregorio XIII, con motivo del degüello de la Saint Barthelemy.

«¡Oh! noche memorable y digna de celebrarse al par de las mas gloriosas hazañas! Por la muerte de algunos sediciosos, has salvado al Rey amenazado de un inminente peligro, y has librado á la patria del temor siempre renovado de las guerras civiles! Las mismas estrellas han brillado aquella noche con mas vivo esplendor, y el Sena precipitaba su curso para arrojar al mar con mayor rapidez los cadáveres de aquellos hombres impuros, y para librar de ellos mas pronto sus ondas...

«¡Oh! dia, lleno de alegría y de placer en que has recibido, oh Santísimo Padre, la buena nueva, y en que has venido á pié á rendir las acciones de gracias prometidas al Dios inmortal, y al rey Luis de santa memoria, que vió la víspera de su Santo cumplirse tan glorioso suceso. Y en efecto, ¿qué noticia mas feliz podias tú recibir? Y nosotros, ¿qué votos mas ardientes podiamos formar al principio de tu pontificada, que el de ver disiparse las odiosas tinieblas de la heregía ante la luz del sol naciente?»

Varios autores afirman que Catalina mandó al Papa la cabeza de Coligny, y aunque todo es creible en semejantes monstruos, como hay otros que lo niegan, nosotros no queremos agravar sus crímenes con otro no menos repugnante, pues solo los hechos averiguados, aceptados por los autores católicos, que extractamos, hemos consignado en esta lamentable historia.

## V.

Al concluir la Saint Barthelemy en Paris, empezó en las provincias donde duró seis semanas.

La suerte de los protestantes en las provincias fué muy diversa. Donde su número era pequeño, se cometieron pocos excesos; donde el número era mayor no se atrevieron á atacarlos. En general, solo fueron víctimas los de las ciudades. Esto explica por qué tantos calvinistas se libraron de la muerte.

Ocho ó diez gobernadores se negaron á tomar parte en tan inicuos atentados.

No sucedió lo mismo con el clero católico: solo un obispo se condujo de una manera que le honra, y su nombre merece pasar á la posteridad.

Cuando el lugarteniente del Rey comunicó la orden de exterminar á los hugonotes á Juan le Hennuyer, obispo de Lisieux, este le respondió:

— «Nó, nó, señor, yo me opongo y me opondré siempre á la ejecución de semejante orden. Yo soy pastor de Lisieux, y esas gentes, que vos decis os mandan degollar, son mis ovejas. Aunque ahora están extraviadas, han salido del redil de que nuestro Señor Jesucristo, soberano pastor, me ha confiado la guarda, y ellas pueden volver. Yo no veo en el Evangelio que el pastor deba permitir que derramen la sangre de sus corderos; por el contrario, encuentro que está obligado á derramar su sangre y dar su vida por ellos.»

El gobernador le pidió su negativa por escrito y el obispo se la dió.

En Troyes, el verdugo fué mas humano que el gobernador, que le dió la orden de degollar los presos.

— «Eso sería contra el deber de mi oficio, respondió. Yo no he aprendido á ejecutar á nadie, sin que precedan sentencia y condena competente.»

Los protestantes de Meaux fueron degollados en las cárceles durante muchos dias, y como la espada no los despachaba tan rápidamente como deseaban los asesinos, emplearon el martillo y la maza. Cuatrocientas casas, las mejores de la ciudad, fueron saqueadas y devastadas.

En Orleans, donde aun quedaban tres mil calvinistas, gentes á caballo gritaban en las calles:

— «¡Valor, muchachos, matadlos á todos y despues saqueareis sus casas!»

En Ruan duró cuatro dias la matanza, y perecieron cerca de seiscientas personas. En cuanto llegó la orden, prendieron á todo el que no lo supo á tiempo para escapar. Los verdugos fueron á la puerta de la cárcel con una lista, los llamaban por sus nombres, y los degollaban á medida que salían.

El domingo, 31 de agosto se supieron en Tolosa los sucesos de Paris. Inmediatamente se cerraron las puertas de la ciudad. La mayor parte de los protestantes habian salido á celebrar los oficios en la aldea de Castanet, y al volver tuvieron que entrar uno á uno por los postigos y fueron presos conforme iban entrando. Hasta el 3 de octubre no los ejecutaron, lo que se hizo por órden del primer presidente de Dafís. Las víctimas fueron trescientas.

La matanza de Burdeos se retardó como la de Tolosa; pero un jesuíta llamado Augier puso fin á las vacilaciones del gobernador, acusándole en el púlpito de hombre pusilánime. Organizáronse compañías de asesinos bajo la denominacion de banda roja ó banda cardenal.

Las ciudades de Bourges, de Angersy muchas otras fueron teatro de escenas semejantes; pero en Lion, los degüellos fueron aun mas horrorosos que en Paris, porque se hicieron con cierta regularidad. El gobernador Mandelot mandó encerrará los calvinistas en las prisiones del arzobispado y en dos conventos de frailes, y que los fueran degollando por tandas. El verdugo de Lion negóse como el de Troyes diciendo:

— «Despues que los sentencien, ya sabré yo lo que debo hacer; entre tanto no faltan en la ciudad ejecutores cuantos se pidan.»

Un historiador dice á propósito de esto con mucha oportunidad:

«¡Qué restablecimiento del orden hubiera sido el que hubieran nombrado gobernador al verdugo y verdugo al gobernador.»

Segun unos, perecieron en Lion ochocientos protestantes, mil quinientos segun otros y hay quien dice mil ochocientos.

Capilupi, gentil-hombre del Papa, dice en su Estratagema de Carlos IX, página 178: «En Lion, gracias al órden bueno y maravilloso y á la singular prudencia de Mr. de Mandelot, todos los hugonotes fueron puestos bajo mano unos despues de otros como corderos.»

Recientemente se ha publicado la correspondencia de Mandelot. Aquel buen señor manifestaba á Cárlos IX su profundo sentimiento porque se le hubieron escapado algunos hugonotes, y suplicaba á Su Majestad le diese una parte de los bienes de sus víctimas. Los republicanos en 1792 y 1793, tambien exterminaron en Lion gran número de sus enemigos; pero no alargaron la mano pidiendo un salario por la sangre vertida.

Segun Sully, el número de víctimas de la Saint Barthelemy en Francia fué de sesenta mil; otros lo hacen subir á cien mil; pero si esta cifra es exagerada, aplicada á los que murieron asesinados, creemos que es muy pequeña si se cuentan los que, á consecuencia de aquella carnicería, murieron de hambre y de varias enfermedades, huyendo por los bosques, perseguidos como fieras.

## VI.

Las sangrientas saturnales del 24 de agosto quedaron impunes; la justicia humana no fué satisfecha: los culpables hicieron pesar sobre los inocentes la responsabilidad del crimen; pero el crimen lleva el castigo en sí mismo; la conciencia acusa al criminal y sus tormentos son mayores que los emanados de las leyes. La misma Catalina, á pesar de la fiereza de su alma, no podia conciliar el sueño, en cuyas sombras veia reproducirse las sangrientas escenas que su astucia habia provocado, y en cuyos horrores se embriagara. Sus cabellos encanecieron en pocos dias, su tersa frente se cubrió de arrugas. El pueblo, que antes se agolpaba á su paso para admirar su hermosura, se apartaba al verla pasar lleno de estupor y de miedo.

¿Y Cárlos? Cárlos el adolescente se ha convertido en un viejo decrepito. Su cabeza se hinchó, y caida sobre el pecho no podia levantarla sin un violento esfuerzo; su mirada era vaga é incierta; apenas come, y esto despues que su mujer ha probado los manjares. ¡El Rey teme que lo envenenen, y lo teme de su propia madre!

Pasa las noches en el insomnio, y si duerme es para verse atormentado por sueños y pesadillas horribles. Despierta sobresaltado, se arrodilla y reza; pero la fatiga lo rinde, y sus sueños horrorosos se reproducen.

Sus dias no eran menos tristes. No tenia fuerzas para moverse. A las diez de la mañana lo levantaban para oír misa: dos criados lo sostenían, lo arrodillaban y levantaban, y hasta le inclinaban la cabeza cuando el sacerdote alzaba la hostia. Sentábanlo despues en un sillón y recibia á algunos cortesanos, que como nada esperaban ya de él, pasaban como sombras ante aquella sombra real, que habia perdido hasta la memoria y que preguntaba con frecuencia los nombres de sus compañeros de orgías que habia olvidado.

Cárlos odiaba á su heredero y hermano el duque de Anjou, y deseaba deshacerse de él enviándolo á Polonia, temeroso de que unido á su madre no le asesinaran para heredarlo mas pronto. Y Catalina, el duque de Anjou, el de Alençon y el Rey, intrigaban y conspiraban reciprocamente los unos contra los otros....

¡Qué madre, qué hijos, qué hermanos!

Los historiadores no están conformes sobre la causa inmediata de la muerte de Carlos IX.

Segun unos, la noticia de un complot contra él lo llenó de espanto y apresuró su muerte.

Otros dicen que fué el resultado de una orgía nocturna, cuyas funestas consecuencias no pudo resistir su quebrantada salud.

Segun otros, un veneno preparado por orden de su madre lo sumergió en el marasmo de que solo debía despertar en la tumba.

Todos lo abandonaron menos su esposa, la desgraciada princesa española á quien habia tratado tan villanamente, y que lo asistió en su lecho de muerte como una madre cariñosa, dejando aun lado las ceremonias y etiquetas de la corte.

«Durante las últimas semanas de su vida, dice un historiador contemporáneo, su cuerpo temblaba y se engarrotaba con extrema violencia, y la sangre brotaba de sus poros como si fuera sudor.»

Algunas semanas antes de exhalar el último suspiro, dejó de ver y de oír, y sus manos se secaron y paralizaron como las de un cadáver

Sentado en su lecho, no daba mas señales de vida sino por las lágrimas que corrían por sus mejillas y su débil voz que repetía: ¡misericordia, misericordia!

En los últimos momentos de la vida, solo una mujer velaba á la cabecera de la cama del Rey: era su nodriza, que lo exhortaba á confiar en la misericordia de Dios... Su nodriza era protestante.....

El monstruo que le habia dado el ser y tal vez la muerte, hacia rogativas en las iglesias por la salud de su víctima Las campanas con lúgubre eco llamaban á los fieles á orar por la salud del Rey.....

Los templos estaban vacíos.....

El palacio desierto.....

El uquier gritó al fin: ¡El Rey ha muerto!... ¡Viva el Rey!

## VII.

¡Tantos crímenes perpetrados para exterminar á los hereges de Francia! ¿De qué sirvieron?

Tres siglos han pasado desde los horrores de la Saint Barthelemy, y los hereges viven en paz entre los descendientes de sus asesinos, y el Estado paga su clero y mantiene su culto, y sin las iniquidades cometidas por los católicos contra ellos durante doscientos años, es mas que probable que los libre pensadores no hubieran podido inspirar, en Francia y fuera de ella, odio tan profundo contra la religion católica como el que se reveló en el pueblo desde la gran revolucion francesa del pasado siglo.

Las persecuciones de que los protestantes fueron víctimas en Francia disminuyeron considerablemente su número, como tendremos ocasion de ver mas adelante; pero, ¿qué ganó en ello el catolicismo? Hubo menos protestantes, pero mas incrédulos: lo que perdió el Evangelio, lo ganó el ateismo, y Voltaire entró por la puerta cerrada á Lutero para abrírsele á este y á todas las sectas mas tarde, entre de las cuales tiene el catolicismo que vivir como si fuese una de tantas, en medio del indiferentismo dominante, y lo que es mas, reconociéndolas sus iguales, segun el concordato celebrado con aquella misma Silla apostólica, que se regocijaba como de una victoria alcanzada por la fé católica, de los crímenes horrorosos en su nombre cometidos. ¡Qué mayor escarmiento para los intolerantes!

- laDoctrina.org

- <http://historiayverdad.org/Historia-de-las-persecuciones-politicas-y-religiosas-ocurridas-en-Europa-2.pdf>